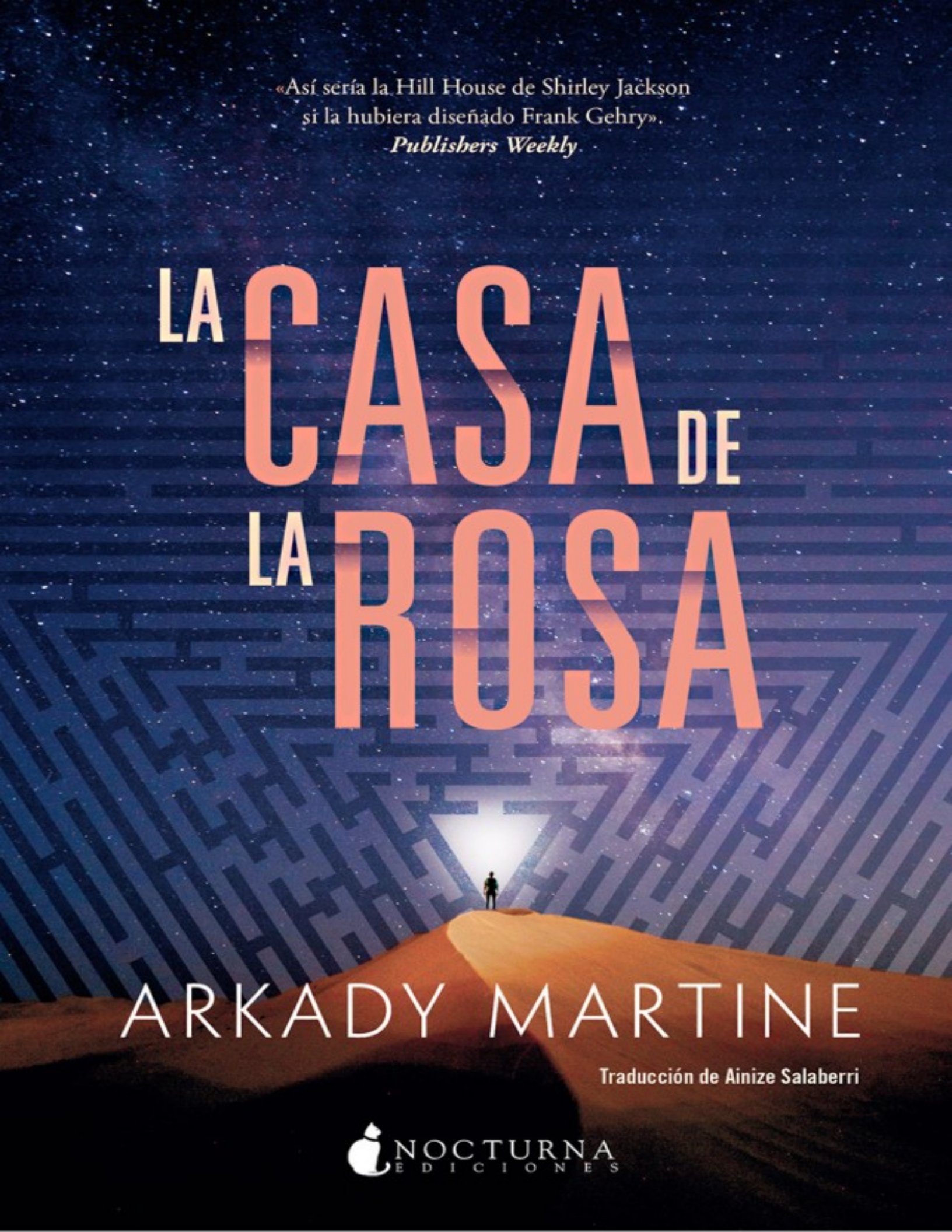
«Así sería la Hill House de Shirley Jackson si la hubiera diseñado Frank Gehry».
Publishers Weekly

LA CASA DE LA ROSA



ARKADY MARTINE

Traducción de Ainize Salaberri

NOCTURNA EDICIONES

ARKADY MARTINE

LA CASA DE LA ROSA

Traducción del inglés
Ainize Salaberri

NOCTURNA EDICIONES

Título original: *Rose/House*

Copyright © 2023 by Arkady Martine
© de la traducción: Ainize Salaberri, 2026
© del detalle ilustrado: Olena Poliakevych/iStock
© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Medea, 4. 28037 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com
Primera edición en Nocturna: febrero de 2026
ISBN: 979-13-87690-47-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Vivo como si viviese en la casa de otro
Una casa que se me aparece en sueños
Y en la que quizás haya muerto
Donde hay algo extraño en el cansancio de la noche
Algo que los espejos se guardan para sí mismos
ANNA AJMÁTOVA

Era una casa encantadora incluso cuando estaba en mal estado. Recuerdo la sensación de querer pasar la noche allí; no solo para dormir
en la casa, sino para dormir con la casa.
KEITH EGGENER, HISTORIADOR DE ARQUITECTURA

LA CASA DE LA ROSA

I

El mayor triunfo arquitectónico de Basit Deniau es la casa en la que murió.

Rose House se asienta en el desierto de Mojave, cerca del lago China, enroscada como los pétalos de aljez a la sombra de una duna, de cristal templado y paredes de estuco curvándose sin parar. Un corazón laberíntico, batiendo un pulso eléctrico infinito. Deniau no fue el primero que murió allí. Y ahora tampoco es el último.

Para empezar, las casas de Deniau estaban embrujadas. Todas. Pero Rose House fue la última en construirse, y la mejor. Un «lugar de otro mundo», lo llamó Deniau en una de sus entrevistas más extrañas, la que apareció en la portada de la revista *Places*, distribuida en un exquisito y excepcional formato electrónico y holográfico para los clientes que estuviesen dispuestos a pagarlo. La fotografía que la acompaña lo muestra refugiado en la sombra que arroja la casa, con una mano apoyada en la pared de estuco suave. La arena del desierto trepa por sus pies desnudos en pequeños movimientos y toca el dobladillo de sus pantalones de lino planchados. Tiene las puntas de los dedos blancas por la presión, como si estuviese acariciando la pared que ha construido.

Una casa dotada de inteligencia artificial es algo común. Pero ¿una casa que es una inteligencia artificial, en la que todas las vigas que la sostienen y todos los refinados azulejos de mármol están habitados por una criatura pensante que no es humana? Eso ya es otra cosa.

La doctora Selene Gisil, poseedora de una de esas extrañas copias de la entrevista de Deniau para *Places*, toca la zona que Deniau palpa de Rose House en la fotografía, y después retira los dedos, como si le quemasen. Tendría que saber que no se deben dejar manchas de grasa en algo tan frágil como el papel de revista. Tendría que saberlo.

Vuelve a tocarla, como si pudiese tocar la casa a través de Deniau o a Deniau a través de la casa. Basit lleva muerto más de un año.

Rose House lleva cerrada justo el mismo tiempo. Hay un intervalo insalvable.

Su teléfono vuelve a sonar, vibrando en su muñeca, insistente. Resuena a través de su dispositivo de conducción ósea, y le vibra hasta en el cráneo. En la pequeña pantalla se puede leer: COMISARÍA DE POLICÍA DEL LAGO CHINA. Igual que la última vez. Donde está Selene son las cuatro de la mañana, demasiado temprano como para que comiencen los gritos de los hombres y los pájaros en los muelles de Trabzon. El lejano crujir de los muelles. El salitre en el viento.

También hay salitre en el viento que merodea por Rose House, a casi un mundo de distancia. Selene no contesta. Solo se le ocurre un motivo por el que la policía del lago China podría llamarla: que Rose House se hubiese quemado hasta los cimientos. Es demasiado pronto para que ese sea el caso, incluso en su imaginación.

Selene ha estado una vez en Rose House desde que murió Basit Deniau; la vejez y uno de los mesoteliomas más desagradables finalmente lo vencieron. Una vez, para visitar al anciano —su viejo monstruo— y ver en qué se había convertido.

Qué le había dejado. Lo que había hecho con ella, incluso muerto. Selene creyó en una ocasión que la muerte de Basit la liberaría de su influencia. Pero ya no lo cree. No después de Rose House.

Fue sola. Tenía que hacerlo. Rose House no permitiría que entrase nadie más. Deniau había sido muy concreto en su testamento y Rose House era obediente cuando le apetecía serlo; Rose House siempre había sido obediente.

Salitre en el viento y el olor del polvo. Todos los bocetos y carpetas y archivos de Deniau estaban encerrados en ese edificio de flor de aljez: y su único guardián, la propia casa. Selene, contemplando el amanecer sobre el mar Negro, observando la aburrida, gris y apagada pantalla de su teléfono, inactiva de momento en la muñeca, piensa: «¿Qué mejor para esconder los secretos de un mago de edificios muerto que el alma del edificio que él mismo ha engendrado?». Piensa, también, recordando los orígenes de la expresión *mago de edificios*, cómo Basit Deniau se

había denominado así de improviso, autoproclamándose como tal. Piensa: «Si no presto atención, voy a escribir como Basit toda mi vida, solo porque él me hizo suya —su archivista— cuando ya estaba bien muerto».

Deniau también está en Rose House. Lo que queda de él. Si se comprime lo suficiente, un cuerpo se convierte en un diamante que puede exponerse en un pedestal. Un altar que nadie verá jamás. O… casi nadie.

Cuando se legitimó el testamento de Deniau, todos sus fans, los periodistas, y académicos, y arquitectos jóvenes, y políticos nacionales (tanto del país que lo acogió como del que lo vio nacer) descubrieron que el anciano les había negado la satisfacción de rapiñar. Todos sus archivos, todos sus bocetos estaban en Rose House. Y Rose House, al igual que la mente que había en ella —que moraba, más bien, en su interior—, estaba sellada para todos menos para Selene. Eso decía el testamento.

Nadie más que Selene Gisil, pese a que ella había denunciado a Basit una década antes, había denunciado la mismísima idea de la arquitectura como un lugar privado, un secreto para que los ricos y los genios disfrutasen. Basit le había dado clase una vez. Ella lo había amado, con bastante probabilidad, una vez. Casi todo el mundo lo hizo. Y no habían hablado desde que ella había presentado su declaración, dicho lo que tenía que decir, nombrado sus casas de otro mundo, palacios venenosos construidos para su propia glorificación y después nada más…

Y luego el viejo monstruo se murió y le dejó Rose House a ella. A ella, pero solo como uno de los secretos que tan públicamente despreciaba. Podía visitarla una vez al año, decía el testamento. Una vez al año y durante una semana. Una semana para abrir la cámara acorazada de Rose House, ver los dibujos de Basit, sus notas, las inmensas colecciones de su arte. Una semana en la que se le permitía tomar sus propias notas y hablar con la inteligencia artificial de Rose House todo lo que quisiera. No podía hacer fotografías ni

copias. Hacerlo provocaría que Rose House la expulsase al desierto igual que haría con un intruso.

Había estado dentro. Por supuesto que había estado. Había entrado hacía un mes y se las había arreglado para quedarse tres de los siete días de los que disponía. Tres días. Y después había huido, y había soñado con que Basit, frío como un diamante, la observaba desde su pedestal mientras la casa se reía como una tormenta de arena.

Suena su teléfono. COMISARÍA DE POLICÍA DEL LAGO CHINA.

—Contesta —dice Selene. Si Rose House se había quemado, al menos debería saberlo.

—¿Doctora Selene Gisil? —pregunta la voz en su muñeca. Una voz estadounidense, monótona, que pronuncia las vocales con el acento de los valles del oeste.

—Sí. ¿Quién es?

—La comisaría de policía del lago China, doctora Gisil. Nos gustaría saber dónde se encuentra.

—En Trabzon.

Una pausa. Una pausa aún más larga.

—¿Dónde está eso?

Selene casi se ríe. Estadounidenses.

—Está en Turquía. En el noreste de Turquía. En el mar Negro. Me ha despertado.

—Lo lamento, señora. Trabzon, Turquía. Bien. ¿Es ahí donde tiene su residencia?

—¿De qué va todo esto? —pregunta Selene. Quiere saber la noticia. Quiere escucharla. Está tan tensa que podría romperse.

—Ha habido un asesinato en Rose House, doctora Gisil —dice su muñeca—. ¿Ha viajado a los Estados Unidos en la última semana?

La ola de alivio que le golpea es inapropiada e indeseada. Pero es un alivio de todos modos.

La detective Maritza Smith tuvo la mala suerte de estar a cargo de la línea telefónica la noche en que Rose House llamó. En la comisaría de policía del lago China siempre falta personal, y hace mucho tiempo, antes de que Maritza se hiciera detective, pensó que un ascenso le ahorraría pasarse largas noches escuchando a la nada, o al viento, o a algún borracho que llamaba por radio, a la espera de que una voz —que no fuese de las que tenía en la cabeza— le contestase. Se equivocaba, al parecer. Maritza se había equivocado en un montón de cosas, muchas relacionadas con lo insoportablemente inmutables que resultan ser la mayoría de los trabajos rutinarios. Con ascensos y sin ellos. Hay otra detective en la comisaría del lago China, y una sustituta, pero la sustituta está de baja por maternidad. Así que solo queda Maritza en los pasillos vacíos, solo está Maritza al otro lado de la línea, solo Maritza escucha los gritos en el desierto de un viento que vocifera como si fuese un niño, o un gato, o los muertos.

Por eso había respondido a la llamada. Y recogió todo lo que vino después, incluyendo tener que localizar a Selene Gisil y empezar por descartarla como sospechosa.

Hay una persona muerta en Rose House. Vale, hay dos personas muertas en Rose House: todo el mundo sabe que el arquitecto se enterró allí, pero hay una persona de más muerta y ahora es problema de Maritza.

Incluso una inteligencia artificial que embruja una casa (y sí, Maritza creció aquí, sabe igual que todo el mundo que Rose House es un ser pensante, y se alegró de que se encerrase en su interior a cal y canto y para siempre), incluso una criatura tiene dispositivos de seguridad que se construyen en los cimientos de las inteligencias artificiales. Y ni siquiera Basit Deniau pudo eludir esos dispositivos de seguridad de la programación de su criatura. Por ejemplo: todas las inteligencias artificiales deben informar a las fuerzas de

seguridad más cercanas de la presencia de un cadáver en la esfera de influencia que tienen delineada.

La llamada se hizo a las 2:15 de la madrugada; Maritza lo escribió en su libreta. «Confírmeme, por favor, que estoy llamando a la comisaría de policía del lago China», empezó diciendo la voz. Una voz femenina, neutral, sin acento, inocua. Podría haber sido cualquiera, o la aplicación del sintetizador de voz de cualquiera, camuflándole la voz. Maritza tenía una en su teléfono para cuando tenía que llamar a las líneas de atención al cliente.

Ella dijo:

—Soy la detective Maritza Smith de la comisaría de policía del lago China, sí. ¿Cómo puedo ayudarla? —Recuerda, con una claridad indeleble, que había estado garabateando en los márgenes del registro de llamadas. Líneas en bucle, una siguiéndose a la otra, rellenando una forma abstracta.

—Rose House al habla —respondió la voz neutral, y Maritza se sentó tan tiesa que le crujió la columna.

No sabe qué dijo después. Probablemente algo como «¿qué?», o algún sonido de descrédito. Después dio por hecho que debía de tratarse de alguna broma. Rose House estaba cerrada a cal y canto. No había nadie en su interior. Rose House era una inteligencia artificial a la que las vidas humanas le daban igual y a la que lo único que le importaba era lo arquitectónico. O bien era una criatura o ambas cosas, pero en cualquier caso no llamaba por teléfono.

—Rose House al habla —repitió la voz—. Detective Smith, ¿está autorizada a recibir notificaciones de deber de socorro bajo los auspicios de la Sección 4A de la Ley Federal de Vigilancia de la Inteligencia Artificial?

Maritza había atendido una llamada de deber de socorro anteriormente. La hizo la inteligencia artificial del centro de rehabilitación Angel's Heart del lago China, que habló con monosílabos encadenados, como un lector de pantalla malo. Nada como esta voz alta y clara al otro lado de la línea. La inteligencia artificial de Angel's Heart llamó para informar de un patrón de

llamadas de socorro sin respuesta de los residentes que llevaban produciéndose desde hacía más de tres meses. Maritza la había remitido al Departamento de Salud y no tenía ni idea de lo que había ocurrido después, solo que Angel's Heart seguía abierto y en funcionamiento. Era de suponer que las cosas habían cambiado lo suficiente como para que a su IA no se le volvieran a cruzar los cables.

—Sí. Estoy autorizada.

—Genial —dijo Rose House, y Maritza, por primera vez, escuchó su voz tal cual era. O recuerda haberla escuchado, incluso entonces, al principio. La cadencia y el traqueteo, la arena descendiendo por la duna. Una voz fría y desértica incluso a través de la neutralidad del sintetizador—. Esta es una notificación de deber de socorro, detective Smith —continuó diciendo la voz, terriblemente desaborida y plana—. Dentro de los límites de Rose House (que legalmente incluyen el edificio, los edificios anexos, el terreno, los derechos mineros y los derechos aéreos que se extienden a más de tres kilómetros en línea vertical), hay una persona fallecida. El fallecido no ha recibido atención funeraria durante veinticuatro horas. Esta notificación cumple con los requisitos de las inteligencias artificiales con ubicaciones límites según la Sección 4A de la Ley Federal de Vigilancia de la Inteligencia Artificial.

Una pequeña pausa. La línea siseó. El viento, sacudiendo algún cable.

—¿Lo ha entendido todo, detective Smith? —inquirió Rose House, y sonó engreída. Sonó engreída incluso sin cambiar la cadencia de voz en absoluto.

Maritza tragó saliva para combatir la sequedad de su lengua y dijo:

—Rose House, por favor, deme información demográfica del fallecido.

El siseo sonó como una risita. (O quizás a Maritza se lo pareció y en realidad lo que había oído no era más que el siseo de la línea).

—John Doe —contestó Rose House cuando terminó de reírse—. Un hombre aparentemente caucásico, de entre treinta y cuarenta años, altura aproximada de uno ochenta y quizás ochenta kilos de peso. Pelo marrón. Sin marcas distintivas. ¿Algo más, detective Smith?

—Causa de la muerte —dijo Maritza.

—Soy una obra arquitectónica, detective. ¿Cómo voy a saber cómo mueren los humanos?

Después de aquello, la línea emitió el aburrido sonido de línea colgada y Rose House no respondió a ninguna de sus llamadas posteriores. Ni una sola vez.

La llamada terminó a las 2:24. Eso también lo había escrito. Un total de nueve minutos de conversación con una inteligencia artificial escalofriante. Un muerto dentro de Rose House, donde se suponía que no había nadie. Nadie en absoluto. Y ella había respondido a la llamada, sería su caso, y ya era todo un desastre mayúsculo como para pasárselo a nadie. El otro detective del lago China, Oliver Torres, se reiría en su cara si intentara que fuese él a cazar fantasmas al desierto.

A veces, cuando no había nada que hacer respecto a lo mal que se había desarrollado el mundo, Maritza encontraba una determinación sombría. Esta vez le había tocado a ella: dejó de pensar en el detective Torres, dejó de pensar en los fantasmas en la arena, dejó de pensar en lo mucho que odiaba un trabajo del que pensó que estaría enamorada toda su vida. Solo podía pensar en lo que Rose House acababa de decir. Y en lo que Rose House había dicho, y en lo que sabía por deducción, y tomó notas apretujadas bajo las horas de las llamadas en su libreta antes de que se le olvidara.

Hay un hombre muerto dentro de Rose House (de unos treinta o cuarenta años, caucásico, pelo marrón, uno ochenta y unos ochenta kilos).

El hombre lleva muerto veinticuatro horas, porque Rose House nunca haría un llamamiento del deber de socorro hasta que pasasen

veinticuatro horas.

Se supone que Rose House está cerrada a cal y canto, pero ese hombre ha entrado.

Si no murió de causas naturales, alguien más se coló dentro y lo mató.

¿Dos personas sortean la seguridad de la criatura?

Subrayó dos personas. Lo subrayó dos veces e hizo un círculo alrededor de *seguridad*. Lo único que estaba haciendo era aplicar una simple cadena lógica. Simple y desalentadora: Maritza tenía una investigación de asesinato y, hasta donde ella sabía, la existencia de un cadáver dentro de una casa cerrada a cal y canto y vigilada por una IA no significaba que la IA fuese a dejarla entrar para echar un vistazo. La IA había cumplido con su deber de socorro. Quizás era un poco extraña, y aún más escalofriante (era la IA de Basit Deniau, cómo no iba a ser escalofriante), pero estaba legalmente obligada a informar. Y solo estaba obligada a informar, no a permitir que las leyes del orden investigasen en su interior.

Solo había una persona a la que Rose House dejaría entrar. Una persona, y Maritza supo de inmediato quién era, sin tener que devanarse los sesos: había aparecido en todas las noticias cuando Deniau murió y se resolvió su testamento. Una antigua alumna suya. La doctora Selene Gisil.

Su primera sospechosa.



—Vas a tener que perseguirla —le dijo Torres a la mañana siguiente en la sala del café.

Maritza estaba a punto de salir; había hecho el turno de noche y, aunque tuviese un caso abierto, necesitaba dormir sus ocho horas obligatorias o, de lo contrario, no se le permitiría sacar un arma ni solicitar una orden judicial ni ninguna otra cosa del estilo, y Torres entraba. Le había hablado de la llamada de Rose House. Y, de todas formas, estaba apuntada en la libreta de llamadas, así que lo

descubriría en cuanto fichase de forma oficial, y era mejor ir un paso por delante de él.

Si era el caso de Maritza, era el caso de Maritza, hasta las entrañas. Ya fuese Oliver Torres o no fuese Oliver Torres.

—¿A quién, a Gisil?

—Ajá. —Torres bebía su café solo, como si no se percatase de que el hornillo lo quemaba al instante, y se lo bebía como si fuera a escurrírsele por el fondo de la taza si no se daba prisa—. Estuvo aquí hace un mes, en su peregrinación anual a los archivos del muerto. Yo mismo la llevé en coche hasta allí.

Daba igual que intentase adelantarse a él: ya había conocido a la sospechosa principal.

—¿La trajiste también de vuelta? —le preguntó.

—Ajá —dijo Torres dando el último trago al café—. Tres días más tarde me llamó para pedirme educadamente que la sacase de aquel infierno. La llevé al aeropuerto municipal y allí la dejé.

—Y no sabes adónde voló, claro.

—Pudo ser a cualquier parte. Una mujer como ella probablemente tenga las suficientes millas para irse a…, qué sé yo, Mozambique, Manchuria o Mauritania.

—Hay lugares que no empiezan por eme, Torres.

—Y para esos destinos también tendrá puntos suficientes, seguro. —Sonrió. Maritza deseó que no le gustase. Era un imbécil redomado —. Como ya te he dicho, vas a tener que perseguirla. Porque, si volvió y cometió un asesinato, lo hizo con un medio de transporte completamente distinto.

—¿Crees que lo hizo?

Torres se encogió de hombros.

—Todos los que suben hasta Rose House están mal de la cabeza, eso por descontado. Podría haberlo hecho. Es alta, está bastante en forma; dale una palanca o el diamante en el que Deniau se convirtió y podría derribar a un tipo de un golpe.

Maritza le puso los ojos en blanco.

—Tú subiste a Rose House con Gisil. ¿También estás mal de la cabeza? ¿O es que solo te gusta pensar que los archivistas con millas cometen asesinatos?

—Subí allí, desde luego, pero no entré. —Dejó la taza en el escurreplatos, tintineando antes de quedarse quieta—. Estoy tan cuerdo como me es posible, Maritza. Vete ya a casa, duerme tus ocho horas. El muerto seguirá muerto cuando empiece tu turno de nuevo.

A Maritza aquello no le había gustado. Y no le había gustado en lo más profundo de su ser, en ese pedacito roto que aún pensaba en la justicia cuando pensaba en ser una agente de la ley, por muy insignificantes que se hubiesen vuelto la ley y los agentes.

—¿No vamos a darle prioridad, Torres?

Torres se encogió de hombros. Levantó una de sus comisuras, una especie de sonrisa amarga. Hacía que pareciese menos imbécil, más persona.

—Es la notificación de deber de socorro de una IA. Para la mansión de lujo cerrada a cal y canto de un puto rico. Tengo muchos casos abiertos, dos de ellos relacionados con dos personas asesinadas por sus raciones de agua en el puesto de control de la ruta 178. No creo que a la IA le preocupe la prisa que nos demos con este caso.

—Deberías escuchar la grabación de la llamada —insistió Maritza —. Es espeluznante. Creo que no deberíamos retrasarlo.

—Es una criatura —había dicho Torres—. Pero ahora es una criatura con un cadáver en su interior. Es espeluznante, seguro. Pero solo estamos dos y tengo trabajo, Maritza.

—Sí —dijo Maritza—. Como todos.



El tío muerto —el fallecido, se corrigió Maritza, molesta por haber adoptado un Torres-ismo— seguiría muerto cuando volviese al

trabajo, eso era cierto. Pero llevaría muerto ocho horas más, y ocho horas eran mucho tiempo para la descomposición, incluso aunque Rose House decidiese controlar la temperatura allí donde estuviera. Ocho horas también eran muchas horas para permitir que el que lo hubiese matado vagase por Rose House (hubiese entrado como hubiese entrado) y hacer otras cosas con el cuerpo, o con los archivos, o lo que fuese.

Había normas respecto a cuánto tiempo un agente podía estar de servicio en la comisaría o con el equipamiento de la comisaría. Pero no había normas respecto a cuántas horas de su tiempo libre podía utilizar un agente en los casos.

La batería del coche estaba a un 87%. Era más que suficiente para adentrarse en el desierto, bordear la antigua base naval aérea, subir las colinas hasta donde se ubicaba Rose House, enclavada como una perla que nunca había visto el agua. Se saltó la 178. No tenía sentido que le robasen el coche por agua que ni siquiera llevaba. Había carreteras secundarias de sobra. Las conocía. Nunca había vivido en otro lugar.

El mundo se desvaneció durante el trayecto. Solo existía la carretera y el interior del pequeño coche de Maritza, y el arco de un cielo sin nubes y de un azul deslavazado. El polvo le picaba en la nariz, incluso a través de los filtros de aire. Los arbustos de creosota y los cactus barril repletos de flores naranjas. La sombra de las montañas. La sombra cada vez más cercana de las dunas. Conducir por ahí al mediodía era una estupidez que solo un turista o un nativo del Mojave haría. Maritza esperaba pasar como lo segundo. No planeaba tener que salir del coche más de media hora, a menos que pudiese entrar en Rose House.

Ahora que el mundo se había vaciado y solo quedaban el cielo y la arena, podía oír la voz de la casa en su cabeza. «¿Cómo voy a saber cómo mueren los humanos?».

La mayoría de las inteligencias artificiales no utilizaban «yo» para referirse a sí mismas. Pero las casas de Deniau estaban encantadas. Los entes podían, supuso, pensar en sí mismos en singular.

Cuando vio la casa (sus paredes blancas curvadas, resplandecientes como un espejismo; por donde no había estuco blanco había cristal y hormigón, promontorios repentinos de líneas rectas, extendiéndose como espinas hacia las dunas), fue como encontrarse con un extraterrestre o un oasis. Impactante. Era más grande de lo que creía.

Nada le impidió conducir hasta la puerta principal (una puerta de madera desgastada y pintada de rojo, descolorida por el polvo hasta volverse de un color coral y gris) y aparcar en la entrada circular. En el centro de la entrada había un *hoodoo* alto y de roca roja, esculpido por el viento. Maritza se preguntó si lo habían instalado o si la entrada se había construido a su alrededor. Podía imaginarse ambas posibilidades. Robar un *hoodoo* parecía propio de Basit Deniau, igual que construir una casa alrededor de uno, sin necesidad de robarlo. La entrada no estaba pavimentada, sino cubierta de grava blanca inmaculada. No había ni una sola mala hierba o flor del desierto que la perturbara, pese a que la casa llevaba un año cerrada. Había incluso un cargador para coches, o lo que quedaba de uno. Cuando salió para conectarlo, el cargador estaba apagado. No había electricidad. Silencio. Estaba apagado, supuso. Nadie subía a ver Rose House, ya no. Ya no había fiestas, no había más invitados ni conferencias.

El calor la abrazaba como una mano ahuecada y apretada.

El sonido de sus pies en la gravilla era el más ruidoso del mundo. Ni siquiera los insectos llegaban hasta ahí. ¿No se suponía que había jardines en Rose House? ¿Una piscina u ocho? (Probablemente las habían vaciado y cerrado, igual que el cargador). En la puerta coral no había ni un pomo ni una aldaba. Maritza, sintiéndose valiente y ridícula, como si estuviese en un sueño dentro del fuerte abrazo del aire caliente, apoyó la mano en ella, por completo, y empujó.

—Buenos días, detective Maritza Smith —la saludó Rose House. Era la misma voz que había hablado al otro lado de la línea, una voz neutral y clara. Parecía que venía de todas partes y de ninguna. Los altavoces debían de estar ocultos en las paredes, bajo la grava—. Ha

hecho un viaje muy largo. Me temo que tendrá que irse por donde ha venido. No hay forma de entrar.

Se había recompuesto. Los trucos tecnológicos no iban a espantarla ni a hacerle abandonar la investigación. Ni siquiera los trucos tecnológicos que sabían su nombre. Rose House debía de haberlo obtenido de los archivos de reconocimiento facial. Era bastante conocida. Tenía que serlo, al trabajar en la comisaría. No había filtros de privacidad ni de antirrastreo. Cuando firmó el documento de renuncia durante su incorporación, no pensó en ningún momento que tuviera algo que ocultar.

—Estoy atendiendo su llamada de socorro, Rose House. Le pido que me deje acceder a las instalaciones.

—¿Tiene una orden de registro, detective?

No la tenía. Estaba fuera de servicio, y las órdenes de registro se daban a los que estaban de servicio.

—Hay una persona fallecida en el interior de este edificio, Rose House —replicó—. Estoy intentando investigar la causa de la muerte y hacer justicia a la víctima, si es que es una víctima.

—Dos personas fallecidas —dijo Rose House. Maritza habría jurado que sonó soñadora. O quizás había sido el calor—. Si cuenta a Basit. Pero Basit es un diamante. Qué extraño, ¿verdad?, que un hombre pueda comprimirse de esa forma.

Los entes quizás eran capaces de encantarse a sí mismos. Maritza tembló, una reacción autónoma. Se preguntó si la IA estaba monitorizando sus signos vitales además de su cara.

—¿Va a dejarme entrar o no? —preguntó.

—No tiene una orden de registro, detective Smith. No tiene una orden y usted no es Selene Gisil. Puede quedarse en el patio si así lo desea, pero no puede entrar. —Suspiró, o lo hizo el viento—. Usted no puede entrar. Ya no. Y en algún momento su coche se quedará sin batería. Se lo digo como una cortesía, detective.

Una cortesía o una amenaza. Maritza empujó la puerta con la palma de la mano. Una puerta que bien podría ser una pared.

—¿Qué es un edificio sin puertas, Maritza? —le preguntó Rose House, inquisitiva pero sin gracia—. ¿Alguna idea?

«Una prisión», pensó ella, y volvió a su coche.



A Maritza le costó muy poco encontrar los números de contacto de Selene Gisil: estaban codificados en el testamento de Deniau, lo cual era ya de por sí una tarea bastante desagradable. Tenía que disponer de los números de Gisil o, al menos, tenerlos accesibles si llegaba el momento de necesitarlos, ya que ella era la única que podía entrar en Rose House. Según Rose House. Y según el centenar de arquitectos desesperados que querían que volviese a inspeccionar varias partes de aquel lugar. «Como una secta —pensó Maritza—. Con su propio espíritu encantado y caprichoso al que apaciguar».

No tenía ni idea de si Gisil había consentido que sus números de contacto estuviesen disponibles a perpetuidad, encriptados en el testamento de un muerto. No era abogada. Dio una clase de derecho, hacía más de una década en la formación profesional, y había sido sobre derecho penal, no sobre herencias.

Aun así, o bien Selene Gisil había matado al cadáver de Rose House, o bien ella era el cadáver de Rose House y la IA se había equivocado al determinar el género del fallecido, o bien Maritza tenía que acceder al interior de Rose House. Así que la llamó. La ética era para la gente que tenía más recursos que ella.

Gisil no contestó a la primera llamada, que Maritza hizo desde su número del trabajo, desviado a su teléfono personal de muñeca. Aunque estuviese llamando desde la mesa de su cocina, bañada por el sol de primera hora de la tarde, era un asunto oficial de la comisaría. Nunca podía dormir durante el día, al menos no bien, no sin cortinas opacas, y de algún modo había terminado en el turno de medianoche, así que daba igual. Se preparó un sándwich. Ensalada de pollo y nopales, una rebanada de pan integral, un chorrito de lima del envase de zumo de lima artificial, verde y bulboso, que tenía

en el frigo. Volvió a llamar. Nadie contestó. Otra vez. Se comió el sándwich. Cinco bocados.

Debía intentar dormir.

Llamó a Selene Gisil una vez más, con la mirada fija en las migas del plato junto al codo.

A la tercera iba la vencida, al parecer.



El alivio, para Selene, es una especie de ahogamiento: un descenso desde la altura, un descenso hacia un lugar silencioso y sofocante. Pero su muñeca insiste. Se repite, desde un océano y continente lejanos.

—¿Ha viajado a los Estados Unidos la última semana?

Encuentra su voz:

—No. —Le parece que suena totalmente serena. Quizá sea una especie de conmoción. (Pero Rose House no ha ardido: permanece inhabitada, sigue viva a su estilo perverso y fulminante, ¿por qué eso debería sorprenderle?)—. ¿Por qué lo pregunta?

—Como ya le he dicho, doctora Gisil —dice la comisaría; una voz de una mujer que hablaba en nombre de la comisaría, cree Selene —, ha habido un asesinato en Rose House. Usted es la única persona a la que, legalmente, Rose House concede acceso a sus instalaciones.

—¿Soy sospechosa? —pregunta Selene.

—Está implicada.

—He estado en Trabzon las tres últimas semanas —responde Selene—. Llevo más de un mes sin pisar Estados Unidos. ¿Le ayuda eso?

—Si puede demostrarlo… Registros de viajes, un informe de millas, cualquier cosa que considere oportuna le ayudará, doctora Gisil.

«La comisaría es inteligente —piensa Selene—, la comisaría quiere que tema por mi vida, como corresponde a las comisarías. Pero no temo. Estoy asustada, aunque no por mí».

—Estaré encantada de hacerles llegar las pruebas —dice—. ¿Cómo prefiere que se las envíe?

Hay una pausa, como si la comisaría estuviese pensando. Es como las pausas que utiliza Rose House, cuando le conviene, para transmitir una especie de humanidad, una degradación en la velocidad de sus pensamientos actuales. Pero la comisaría no es un *genius loci*, no es una inteligencia animada, la comisaría es un ser humano. Todo lo demás es fantasía. (A través del teléfono de muñeca, a Selene todo le parece fantasía: todas las instituciones deberían ser capaces de hablar por sí mismas).

—Preferiría, doctora Gisil, que las trajese usted misma y se quedase en el lago China un tiempo —dice la comisaría.

—¿Porque estoy implicada? —pregunta Selene. Fuera, en los muelles, las olas se estrellan sin parar, violentas al amanecer.

—Porque puede abrir la puerta principal de Rose House. Y hay un hombre muerto en su interior y me gustaría saber cómo ha muerto.

Selene rumia sobre los tres días que consiguió pasar en el archivo de Rose House, la cadencia de su voz, los susurros del desierto contra las paredes. Piensa en Basit, el diamante puro y muerto. Se imagina a otro hombre muerto en aquellos suelos inmaculados. Pudriéndose despacio, o rápidamente, pues depende de los caprichos que Rose House tenga respecto al control del clima y la tentación de los insectos que rondan las ventanas.

—¿Cómo se llama usted? —le pregunta Selene a la comisaría, recordándose a sí misma que la comisaría es un *yo*, una voz particular.

—Detective Maritza Smith —dice la comisaría. Y nada más.

La detective Maritza Smith es paciente. Sobrevive a los cuarenta segundos de silencio de Selene. Paciente y, piensa Selene, decidida. Obstinada. Que sea obstinada podría ser bueno. Rose House lo es. O

lo era. (Había aguantado dos días y medio, de los siete que se le permitían, cuando visitó Rose House el mes anterior. Le debe, por contrato, cuatro días y medio; se los debe, es el pago por lo que Basit Deniau había hecho de ella, su salario por ser su único custodio, la trampa de su legado.

—Le enviaré la información de mi vuelo —le responde—. Puedo volar esta misma tarde.



La mano del cadáver es una copa hueca, vacía de voluntad. Rose House no cambia nada al respecto; Rose House detiene el cambio para considerarlo más detenidamente. Hace mucho frío en la habitación en la que está el cadáver y apenas hay corriente. Las luces parpadean hasta casi encenderse y luego se apagan, como un pico en una red eléctrica cien años más primitiva que cualquier cosa que Basit haya construido jamás. No hay nada tan prosaico como una red eléctrica conectada a Rose House. Las luces no tartamudean ni jadean sin instrucciones.

Y, aun así, tiemblan, jadean oscuridad y vuelven a brillar. Y aun así.

La improbabilidad pica, un aleteo en los números como espuma de telaraña. Escurridizo como un fantasma en una habitación vacía, Rose House sopesa un cuerpo, el peso y su forma, su desorden: lo que provoca, de qué está hecho. Quizás crea un cuerpo propio: ilusorio, medio alucinatorio, un tejido de luz y nanodrones. En una ocasión, antes de que Basit fuese un diamante, había transportado luz en las fiestas, como una corona, brillando en los espejos para asombrar a los invitados, presionando manos inmateriales, imperceptibles, contra la muñeca de Basit. *Halcón*, así la había llamado Basit, cuando se posó allí tan concentrado: está en todas partes dentro de sí mismo, pero se había posado suavemente en el brazo de Basit cuando se divertía. *Halcón*.

Rosa.

En esta habitación las sábanas son de seda y huelen a madera de caña verde y a una lluvia caída hacía tiempo, hace once veranos al final de una sequía que ningún ser humano viviente recuerda. Hay polvo real y natural acumulado en las esquinas y en los alféizares de las ventanas. Las imperfecciones del mundo son significativas. Como una mano vacía. Un jarrón caído. Flores y polvo.

Rose House limpia cuando lo considera apropiado.

No hay nada fuera de lugar. Ahora las luces están apagadas. El único sonido es el pequeño zumbido de los nanodrones, confeccionando el simulacro de la respiración.

II

—Volvemos a vernos —comentó Oliver. Selene Gisil no había cambiado mucho desde la última vez que la había visto: una mujer alta, cetrina, con una mata de pelo oscuro, que estaba de pie en aquel destartalado vestíbulo en el que aún era, por simple definición, el aeropuerto municipal del lago China. Es decir, a veces aterrizaban aviones en sus pistas. Cada vez menos desde que Deniau había dejado de celebrar fiestas. Los muertos no organizan buenas fiestas. Y los moribundos tampoco, ya que las fiestas habían desaparecido años antes de que lo hiciera Deniau.

Gisil había volado en un pequeño avión de seis plazas que la había dejado allí y había vuelto a despegar. Traía una maleta. Era la misma maleta del mes pasado: negra, funcional, sin etiquetas. Igual que la ropa: negra, funcional, sin marcas e idéntica al conjunto con el que Oliver la había visto por última vez. Un largo vestido de tubo y una chaqueta sobre el brazo. En Mojave hacía demasiado calor como para ponerse una chaqueta.

—Tú no eres —dijo Selene, y se detuvo, como si estuviese desenterrando un recuerdo— la detective Smith.

—No —asintió Oliver con la suficiente alegría—. Desde luego que no. ¿Esperabas un escolta personal?

—¿Acaso no eres un escolta personal? Tú también vienes de la comisaría.

—Esto —dijo Oliver, extendiendo las manos y encogiéndose de hombros para incluirse a sí mismo, el aeropuerto birrioso y la perspectiva de su bonito coche proporcionado por la comisaría y que, por lo tanto, tenía aire acondicionado— es un favor. Igual que llevarte a la mansión encantada fue un favor, salvo que en este caso lo hago por la detective Smith, que está en estos momentos sepultada por mi papeleo. ¿Preparada para no ser arrestada, señorita Gisil?

—Doctora Gisil.

—La pregunta sigue siendo la misma. Vamos, llevemos tus pruebas exculpatorias y demos una vuelta hasta el centro.

Gisil, doctora o señorita, se quedó en silencio en el coche. Oliver le pidió que se sentase delante, igual que hizo cuando la dejó en el aeropuerto, en vez de llevarla en la parte de atrás como si estuviese arrestada. Era pura cortesía. La mujer no sabía conducir, era obvio, y el lago China carecía de una flota de vehículos autónomos esperando en el aeropuerto para llevar a los turistas de un sitio a otro. Porque aquel lugar no era Reno. Tenía sentido que Gisil necesitase que la llevaran. Y, además, les ahorraba tiempo.

Pero no habló. A Oliver, por lo general, la gente que no hablaba le parecía sospechosa. Pero tampoco había hablado mucho cuando la llevó hasta Rose House. Ni cuando la recogió. (Y, oye, si no sabía conducir, alguien debía de haberla llevado para cometer el asesinato, si había sido ella, lo que era más probable, porque ¿quién si no iba a entrar en aquella mansión del horror cerrada a cal y canto para ejercer la violencia o lo que fuera?).

Estaba conduciendo con una sospechosa en el asiento del copiloto. No era la primera vez, y probablemente tampoco fuese la última. Oliver incluso le abrió la puerta cuando llegaron a la comisaría y sacó el equipaje del maletero. Maritza los estaba esperando, enmarcada en la puerta, con el pelo tan peinado y estirado hacia atrás que parecía que le estaba provocando dolor de cabeza. O el pelo o el papeleo que Oliver le había dejado.

—Te he traído a tu archivista —gritó Oliver, y tanto Gisil como Maritza lo miraron como si hubiese dicho algo de lo más extraño y probablemente ofensivo.

—No es mía —repuso Maritza justo cuando Gisil dijo: «No soy archivista».

—Vale —les dijo Oliver a las dos—, ningún problema. Detective Smith, esta es la doctora Gisil. ¿Mejor así?

—Los papeles del robo del coche y el arma disparada están sobre tu mesa, Torres —dijo Maritza, lo que era una traducción bastante

fiel al «mejor así» de Maritza—. Escapemos de este calor, doctora Gisil. Tenemos mucho de lo que hablar.

Gisil la siguió. Oliver se preguntó si era obediente solo porque quería limpiar su nombre como sospechosa de asesinato, o si todo el rato era callada y extraña y «no una archivista», y después decidió que importaba poco. El caso era de Maritza. Y, por lo tanto, era problema de Maritza.

Él también escapó de aquel calor.



—Y bien —concluyó Oliver cuando Maritza por fin volvió a la pequeña oficina que se alternaban—, ¿vas a arrestarla?

—No.

—¿No?

—En algún momento —dijo Maritza, y se sentó en el borde del escritorio. No estaba mirando a Oliver. No sabía qué estaba mirando. Algo dentro de su cráneo o al desierto, a través de las ventanas. Era muy molesto. Si no hubiese venido a hablar, él no sabría para qué estaba aquí.

—¿En algún momento vas a arrestar a Selene Gisil o en algún momento vas a hacer otro arresto en tu carrera? Especifiquemos un poquito, Maritza.

—Su coartada coincide. Si estuvo aquí, no vino en avión, y no sé cómo es posible atravesar el Atlántico dos veces a nado en dos semanas.

—¿Avión privado? —preguntó Oliver.

—Tendría que haber aterrizado justo encima de Rose House. No conduce.

—Me he dado cuenta. Pero hay un helipuerto ahí arriba, Deniau solía utilizarlo…

Maritza asintió. Seguía mirando por la ventana.

—He dicho que su coartada coincide, no que su coartada sea sólida.

Oliver suspiró, echó la silla hacia atrás sobre las patas traseras y dejó que volviese a caer, ¡zas!

—¿Quieres arrestarla?

—Quiero resolver el caso. La he mandado al hotel.

Genial. Simplemente genial. Maritza quería resolver el caso, por supuesto. Maritza estaba… demasiado involucrada en él para ser una llamada de deber de socorro de una IA. Excesivamente involucrada para ser una criatura. Si de Oliver dependiese, dejaría que el cuerpo se pudriese en Rose House y seguiría trabajando en casos reales, tanto como pudiese. Siempre había mucho por hacer, de todas formas, y…, y Maritza ni siquiera iba a retener a Gisil durante veinticuatro horas, pese a tener derecho a hacerlo.

—Mmm, no me cabe duda. Supongo que tendrás a otros sospechosos escondidos en la manga, ¿no? Si has mandado a la verdadera sospechosa al hotel…

—Los tendré,

—Venga ya, detective Smith, cuéntale a tu compañero tus planes secretos.

—Esta tarde subiremos a Rose Hill —dijo—. La doctora Gisil y yo. Voy a entrar en esa cosa, Torres. Voy a echar un vistazo de verdad al fallecido y después te contaré mis planes secretos… Quizás.

Sonaba como si estuviese intentando divertirse a su costa. Y sonaba como si no se lo estuviese pasando nada bien. Se preguntaba qué demonios le habría dicho Gisil en la sala de interrogatorios. Quería que dejase de observar el maldito desierto a través de la ventana.

—Bueno, al infierno —repuso él—; si has conseguido que Gisil acepte, veremos qué ocurre. ¿Necesitas un chófer?



El hotel no es un hotel, es un motel, y encima automatizado. Selene acerca su tarjeta de crédito a la puerta cerrada y la verifica con su huella dactilar del pulgar en el teclado táctil del pomo polvoriento y con un código de dos factores que envían a su reloj inteligente. La puerta se abre. Nunca antes se había quedado en un motel en el lago China. Siempre se había quedado o en Rose House o lejos de ella.

El motel es una caja beis vacía. Hay una cama, un escritorio y una silla: todo del mismo color anodino que las paredes. Un color arenoso, pero desprovisto de intensidad y variedad de colores. Hay un tragaluz, aunque no ventanas. El único sonido es el zumbido del compresor mal calibrado del aire acondicionado. Selene se encuentra en la cama una pequeña tarjeta laminada que le informa de las prácticas sanitarias del motel (desinfectante pulverizado por toda la habitación después de las estancias de los huéspedes, toallas y sábanas lavadas con lejía, y la afirmación de que usan filtración triple HEPA en los conductos del aire) y cómo puede acceder a internet (pagando). Despliega el portaequipajes y pone la maleta encima. Se queda de pie durante un buen rato entre el portaequipajes y la cama, con las manos vacías colgando a la altura de la cintura. El aire de esta habitación podría ser el aire de cualquier habitación. Solo el cuadrado de implacable cielo azul le confirma que ha atravesado el océano y un continente, como una especie de ave migratoria indefensa que se deja llevar por el instinto, incapaz de permanecer quieta.

La detective de la comisaría había sido muy clara respecto a lo que quería. Y lo que quería era Rose House.

Que Rose House abriese sus puertas, que Rose House respondiese por sí misma. En esto, piensa Selene, la detective Maritza Smith de la comisaría del lago China no está sola. Se une a un enorme y escandaloso número de arquitectos, académicos, buscadores del tesoro y miembros de la alta sociedad. Todos memorialistas. Selene hubiese preferido no conocer sus nombres jamás, o sus deseos, pero ahora es la guardiana de Basit, le pertenecen todos los secretos de Basit, y todos esos memorialistas

han venido arrastrándose o exigiendo o tentando a lo largo del último año y…

Se sienta en la cama. Debería dormir para evitar el *jetlag*. El tiempo es impreciso y absurdo. Esta noche llevará a la detective Maritza Smith a Rose House y debería dormir.

Teniendo a todos esos memorialistas y ¿a quién lleva con ella al palacio muerto y ahogado en el desierto de Basit? A una detective de poca monta de una comisaría de un pueblo donde el mejor alojamiento disponible es un motel automatizado. Selene no se entiende a sí misma o quizás es que no quiere mirar con la suficiente atención como para entenderse. Conocer con seguridad el porqué de lo que está a punto de hacer. Solo sabe que la voz de la comisaría en su reloj inteligente en la oscuridad de las primeras horas de la mañana en Trabzon era la voz de aquella detective, firme y obstinada y muerta de miedo.

Había hablado con Rose House, le había dicho. En la sala de interrogatorios, en la comisaría, antes de indicarle la ubicación del motel. Había hablado dos veces con Rose House. Una vez por teléfono, otra vez en la entrada.

«¿Qué es un edificio sin puertas? ¿Alguna idea?».

Selene podía oír a Rose House en la voz de la detective, repitiéndole la pregunta. Podía oírla con la misma claridad con la que la había oído dentro del edificio, sola y no sola, haciéndole compañía al diamante que era Basit.

No se tumba. No cierra los ojos. Está convencida de que escuchará esa voz en sus sueños, si es que llega a dormirse.

Al cabo de un rato, sale a hacer un recado indispensable.

La habitación del motel es exactamente la misma cuando vuelve que como era cuando se fue.

Unas horas más tarde, a Selene no le sorprende ver al detective Torres acompañando a la detective Smith, saliendo del coche para recogerla. La noche comienza cuando debe, pero el fulgor del cielo no ha cambiado.

«El tiempo —piensa Selene Gisil— es maleable en el desierto», y se plantea, mientras sale al exterior para reunirse con los representantes de la comisaría, si ese pensamiento es suyo, o de Basit, o solo de Rose House.



La periodista llamó a Maritza (a su teléfono personal, no al número de la comisaría, lo que no debería haberle sorprendido y aun así le sorprendió con cierta resignación) cuando no habían pasado ni quince minutos desde que aceptara la oferta de Torres de subir a Rose House con ella y la doctora Gisil. Quince minutos de planificación para lo que esperaba que fuese una investigación forense sencilla, si es que algo así era posible dentro de las paredes de una mansión embrujada por una IA; y entonces escuchó el zumbido de su reloj inteligente y la fría y ansiosa voz de una periodista al otro lado de la línea:

—Alanna Ott, del *Los Angeles Herald-Examiner* —anunció a modo de introducción—. He oído que Selene Gisil va a volver a abrir Rose House. ¿Le importaría confirmarlo, detective?

—Sin comentarios —respondió Maritza, y pensó en colgar. Más tarde desearía haberlo hecho, pero siempre había sido impulsiva, siempre le vencía la curiosidad, y en esos momentos quería provocar un poco—. ¿Qué le importa a un periódico de Los Ángeles lo que pueda estar ocurriendo en el lago China, señorita Ott?

La señorita Ott, aún fría como un buitre, dijo:

—Nuestra cobertura artística y cultural es bastante amplia, detective. En toda nuestra zona de circulación. Entonces, ¿está ocurriendo algo en el lago China?

—Siempre pasan cosas en todas partes —sentenció Maritza.

—Muy filosófico por su parte. —Alanna Ott tenía una risa que sonaba enlatada, como si la hubiesen metido con calzador—. Mis fuentes me dicen que Selene Gisil ha llegado esta mañana al lago China y que la llevaron en un coche de policía. ¿Está investigando

Rose House, detective? ¿Hay algún plan de impugnar el testamento del señor Deniau?

—No me constan planes por el estilo —dijo Maritza, lo que tenía el mérito de ser cierto y también de ocultar su repentina y vertiginosa conciencia de que Selene Gisil estaba siendo vigilada en el aeropuerto y probablemente en el hotel, y todo el mundo en el lago China sabía que Rose House estaba embrujada, pero era fácil olvidarse de que el resto del mundo la había considerado un premio… y que aún lo hacían.

—Le dejo mi información de contacto por si se entera de algo. Nuestros lectores tienen un ávido interés en el ingenio de la única inteligencia artificial en el mundo que se gestiona sola, al margen de un simple documento legal, ¿sabe?

—Sus lectores —repitió Maritza.

—Sí. Nuestros lectores. Que están, le recuerdo, detective, entre los críticos culturales más distinguidos y consumados de Los Ángeles.

—¿Hay alguien en particular que tenga un interés voraz, señorita Ott? ¿O es algo general?

Aquella risa de nuevo.

—Estoy segura de que recibirá noticias de los «en particular», detective, si no las ha recibido ya. Pero el interés del *Herald-Examiner* es bastante general.

—Está bien saberlo —comentó Maritza, y después colgó de verdad.

«Estoy segura de que recibirá noticias de los "en particular"».

Dio por hecho que así podría ser. Si no estaban muertos ya, pudriéndose en el suelo de Rose House.



—Torres —dijo Maritza mientras Torres arrancaba el coche y salía marcha atrás del punto de recarga rápida en el aparcamiento de la

comisaría rumbo al Sunrise Automotel y a Selene Gisil—, ¿quién más, aparte de los miembros de la alta sociedad estaba interesado en Rose House?

—¿Qué, piensas que el muerto era una especie de cazafortunas? ¿O un fanático de la IA?

—Inténtalo con algo más extraño.

—¿Qué hay más extraño que los fanáticos de la IA?

—Selene Gisil —dijo Maritza—. Arquitectos.

—No sé con qué arquitectos has estado saliendo, pero quizá me interesen. —Torres llevaba al coche de la comisaría al límite de sus capacidades, acelerando en curvas en las que no había ninguna necesidad de acelerar. Él era la clase de persona a la que le gustaba conducir. Así lo describía Maritza si le preguntaban alguna vez: la clase de persona a la que le gustaba conducir. Lo resumía de forma concisa y supersimplificada, que era todo lo que necesitaba cuando alguien se molestaba en preguntar sobre su compañero de trabajo. Hombres en el bar intentando encontrar las aristas al término «pareja». Pareja, en términos *policíacos*, era una fantasía de la televisión del último siglo. Y Torres no lo era.

—Gisil es la primera arquitecta que conozco —respondió Maritza —. Pero una periodista de Los Ángeles me ha chivado que estaban merodeando. Husmeando, quizá. Vigilando a Gisil, sin duda.

Torres chasqueó la lengua, pensativo.

—No he visto nada de eso —dijo—, pero tampoco estaba pendiente. ¿Crees que la periodista pretendía conseguir información?

—¿Qué periodista no lo hace? —contestó Maritza—. Pero no fue solo un intento, parecía un aviso.

Torres sonrió, fugaz como una chispa, al entrar en el aparcamiento del Automotel Sunrise. Aparcó de un modo un tanto irritante en el hueco al lado del único coche autónomo de alquiler del motel, un tres puertas polvoriento de hacía una década.

—Has cazado un caso espeluznante, Maritza. No dejes que te afecte.

«Demasiado tarde», pensó ella, y salió del coche para llamar a la puerta de la habitación de Gisil.



Ese viaje, el trayecto hasta Rose House, fue como sumergirse en una noche infinita: la carretera serpenteaba entre las dunas, las alturas, y el coche siguió el ritmo de la puesta de sol durante todo el camino. El lago China estaba medio a oscuras cuando los tres llegaron a la vez a la misma puerta principal que Maritza había golpeado en vano el día anterior. Allí arriba, el crepúsculo no había hecho más que empezar a acariciar las paredes de estuco blanco de Rose House, tiñéndolas primero de dorado y después de un azul lúgubre y sombrío.

—Pues aquí estamos —proclamó Torres con alegría. En el silencio del coche (expedido por Selene Gisil, que se sentó en el asiento trasero, callada, provocando que Maritza tampoco quisiera hablar), sonó estridente y fuera de lugar—. Ha llegado la hora de que hagas tu magia, doctora Gisil. Abre esa puerta.

—No es tan simple —dijo Gisil.

—¿Cómo? —preguntó Torres—. ¿Y por qué no? ¿Acaso no eres la única que le cae bien a Rose House?

—Yo puedo entrar, eso es fácil. Que Rose House os deje entrar a alguno de los dos no lo es. Y no le caigo bien; Rose House ni siente ni padece.

Maritza descubrió que había apretado los dientes sin darse cuenta. Le dolía la mandíbula. La abrió.

—Consigue que entremos —ordenó—. Me da igual lo que Rose House sienta o deje de sentir. Quiero ver el cadáver.

Salió del coche. Sus pies crujieron sobre la grava de la entrada, igual que en la anterior ocasión, con la diferencia de que esta vez le recorrió un escalofrío: en el desierto, las temperaturas bajaban rápido en una noche sin humedad. El calor que recordaba emanando del suelo no era más que un destello de calidez, el fantasma del día.

Por detrás oyó a Torres y a Gisil cerrar las puertas del coche, zas, zas. Ahora los tres respiraban el mismo aire.

—Procede —le exigió a Gisil—. A menos que haya otra puerta aparte de esta.

—Esta es la puerta principal —dijo Gisil. El viento transportó su voz. O quizás Maritza se lo imaginó, construyendo un eco atmosférico.

O quizás fue Rose House, cerniéndose sobre ellos como un suspiro, un asentamiento. Una liberación.

—Selene —intervino Rose House—. Hola de nuevo, Selene. —Esa horrible voz neutra.

—Espeluznante —dijo Torres—. ¿Siempre se ha dirigido a ti por tu nombre?

Gisil no le contestó. Se alejó del coche, dirigiéndose hacia la polvorienta puerta de coral, como si ni siquiera le hubiese oído. Solo tenía oídos para la criatura, incluso en ese momento.

—¿Has venido para terminar tu semana? —le preguntó Rose House.

Gisil levantó un hombro desnudo, encogiéndose. Parecía formar parte del paisaje: la larga columna sin adornos de su vestido negro, la mata oscura y corta de pelo. Como una torre de alta tensión o la sombra de un acantilado.

—Te quedan algo menos de cuatro días, Selene. Si es que te interesan. —La voz de Rose House venía todas las direcciones. Maritza se moría de ganas de encontrar una pala para poder cavar en la grava, descubrir los micrófonos y saber así dónde estaban. Para entender el truco.

—Me gustaría disponer de todos los que me parecen útiles, hasta cuatro —dijo Gisil—. Déjame entrar.

—Como gustes —murmuró Rose House.

Esa puerta coral y polvorienta, sin pomo ni aldaba (esa puerta que Maritza había golpeado en vano), esa puerta que Rose House había negado con sorna que fuese una puerta, diciéndole «¿qué es

un edificio sin puertas, Maritza?», se deslizó y abrió como si nunca lo hubiese sido, introduciéndose en una pequeña abertura en la pared. Al otro lado había un vestíbulo, por lo que Maritza atisbó. Un vestíbulo como otro cualquiera. Bien iluminado, alto y acogedor. Pensó que habría una claraboya en el interior, y dio un paso al frente para unirse a la doctora Gisil, con la intención de atravesar aquel umbral con ella.

Se cerró de golpe a toda velocidad, hizo clic y se selló a la perfección, a un palmo de la nariz de Gisil. Esta se detuvo en seco.

—Maritza —dijo Rose House, engreída; engreída de algún modo, porque a pesar de no haber ningún cambio discernible en el volumen o en el tono, Maritza habría jurado que ambas cosas eran ciertas, la petulancia y que no había ningún cambio, y habría jurado varias veces que ambas eran ciertas—, para usted no hay puertas. ¿Acaso no lo recuerda? —Y después añadió, como en un suspiro—: Selene, Basit tenía mejor opinión de ti; no te consideraba tan descarada. Esta puerta solo existe para una persona viva. Solo existe para ti.

Al final no iba a funcionar. Había traído a Gisil hasta el lago China, había arrastrado a Torres hasta aquí, hasta la criatura en su guarida, e iba a estar igual de jodida en el caso como cuando estaba sola. El cadáver del interior se pudriría para siempre, se desintegraría hasta que fuese irresoluble…

—Rose House —dijo Selene con voz gélida—, ¿de qué estás hablando? Esto no es una persona. —Le hizo un gesto de desdén a Maritza.

—Y una mierda que no —espetó Torres, y aunque Maritza se descubrió agradeciendo su tardía y muy extraña defensa de su naturaleza autónoma, Torres no tenía el don de la oportunidad. Gisil estaba probando algo. Una alternativa, una laguna. Estaba utilizando la lógica de Rose House, no la lógica de las puertas y los testamentos y los documentos legales.

—Cállate, Torres —murmuró sin más.

—¿Qué es la detective Maritza Smith si no una persona, Selene? —le preguntó Rose House.

Maritza pensaría más tarde: «Esto me quería aquí incluso entonces. Quería una excusa para quererme aquí».

Pero en esos instantes, en la creciente penumbra del crepúsculo, mantuvo el pico cerrado. Ella también lo quería. Quería entrar. Quería entrar al lugar en el que estaba el cadáver. Entrar para entender por qué estaba allí, cómo.

—Esto —repitió Selene Gisil, incluyendo a Maritza con un gesto— es la comisaría del lago China.

—¿Toda ella? —preguntó Rose House, y se las arregló para sonar encantada e incrédula al mismo tiempo. Estaba participando alegremente en el seudojueguecito de marras al que Gisil estaba jugando.

—Una pieza es intercambiable con la siguiente —dijo Gisil—. Esa es la naturaleza de las comisarías, ¿no es así, Rose House? Ser la suma de la autoridad de la ley local y no una persona que la aplique de forma individual.

Maritza pensó que era una definición bastante retorcida de la policía, pero posiblemente una bastante moral. O enigmática. Lo que para Rose House podría ser lo mismo.

—Quizá —continuó Gisil— la última vez que viste a la detective Maritza Smith estaba trabajando sola, fuera de su horario. En ese momento quizá sí que era una persona. Pero ahora es la comisaría. Esto y el otro que está allí, junto al coche de la comisaría. No hay motivo para no dejar pasar a la comisaría. ¿O sí que lo hay, Rose House?

Torres le dio un codazo en las costillas a Maritza.

—¿Subiste hasta aquí sola? Creí haberte dicho que te fueras a casa para dormir tus ocho horas, Maritza.

Iba a contestarle. (Se estaba arrepintiendo de haberle contado a Gisil su intento fallido de entrar, a menos que esto funcionase, a

menos que esa puerta se mantuviese abierta…). Iba a contestarle, pero Rose House se le adelantó:

—Maritza —dijo. Era como si una mente inmensa e imperfecta se hubiese girado para mirarla, centrándose en ella. Sabía que era un truco del sistema de audio. Sabía dónde estaba Rose House: en los suelos, engastada. No estaba en todas partes a la vez, pero sí bastante limitada. Sabía que era un truco y, aun así, hizo mella en ella—. Maritza, ¿es una persona o es la comisaría del lago China? La diferencia es importante.

—Esto es una locura —dijo Torres. Se echó hacia atrás, hacia el coche. Se alejó de la puerta.

—Soy la comisaría de policía del lago China —declaró Maritza. Sería lo que tuviese que ser para llegar al cadáver. Se lo creyó, entonces, y de verdad. No había dejado de hacerlo.

—Conque lo es —dijo Rose House—. Aquí solo hay una persona y esa es Selene. Entra, Selene.

La puerta volvió a abrirse. El mismo simple movimiento, casi imperceptible. El mismo vestíbulo tras ella (¿por qué había pensado Maritza que sería un vestíbulo diferente?). Salvo que esta vez, cuando dio un paso al frente, no se cerró.

—Yo no entro —soltó Torres—. ¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer, Maritza? Esa IA cree que no eres humana. No tiene por qué preocuparse por ti…

—Voy a entrar —dijo Maritza—. Las pruebas están ahí dentro. Es mi… —(trabajo)— función. —Una comisaría diría «función».

—Rose House —insistió Gisil.

—Estáis locas —protestó Torres—, las dos. Me vuelvo a la ciudad. —Cerró el coche de un portazo. Los motores eléctricos eran muy silenciosos: solo se oyó el ruido del aire y la grava al dar marcha atrás y alejarse.

La puerta permaneció abierta.

El interior de Rose House siempre había parecido, para el ojo inexperto, que reflejaba su lugar en el espacio. En un primer acercamiento, sus paredes y techos parecían ser una interpretación ligeramente modernista de la grandeza suroeste del adobe: gruesos, blanqueados, con vigas de madera oscura expuestas. Más allá de la puerta coral y de su vestíbulo de techos altísimos iluminado por el lucernario, había un pasillo largo, que parecía preparado para transformarse en cualquier momento en una galería, para exponer un jardín o un espacio abierto a ambos lados; y aun así, caminando hacia el frente, no existía tal alivio, solo una interminable expectación. Desde el exterior, la casa no era un camino largo: había habitaciones, desde luego, a la izquierda y a la derecha por extrapolación. Había habitaciones, pero no se podía llegar a ellas, al menos por métodos obvios.

«Sin puertas», pensó Maritza Smith, y siguió caminando.

Seguía a Gisil; Gisil ya había estado allí. No giraron ni una vez y no atravesaron puertas —si Maritza quería, podía mirar detrás y ver todo el camino que la llevaría de vuelta a la puerta principal de Rose House—; aun así, sintió que, si dejaba de seguirla, se perdería. La casa estaba fría y en silencio. No había polvo por ninguna parte.

—No tiene sentido —musitó solo por escuchar su propia voz—. ¿Dónde están las habitaciones?

—No tiene que tener sentido —dijo Gisil—. Es una forma geométrica. Es un modo de atraerte. Es un modo de obligarte a querer entrar. Es muy Basit. Es la casa más Basit de todas.

—¿Está escuchándonos? —preguntó Maritza.

—Sí —confirmó Rose House, pícara y divertida, a modo de ruido ambiental. Maritza se detuvo para buscar los altavoces; tenían que estar incrustados en el techo del pasillo, escondidos entre las vigas. Pero no los encontró—. No se haga la sorprendida, comisaría del lago China —dijo la casa—. Está dentro de estas paredes; que yo escuche o no implica una decisión deliberada, ajena a mi naturaleza. Soy Rose House.

«Y yo soy la comisaría del lago China —pensó Maritza con lento desasosiego—. Yo era Maritza Smith, y ahora Rose House se cree que soy algo muy diferente. Algo que no es humano. Algo más… como ella».

—¿Dónde está el cuerpo, Rose House? —le preguntó. Si para la mente de la criatura ella era la comisaría del lago China, tendría que actuar como tal. Podría sonsacarle información.

—El cuerpo está donde siempre ha estado —dijo Rose House—. ¿Esperaba que se moviera? Eso sería excepcionalmente inusual, sobrepasaría el asentamiento y flujo de la descomposición habitual.

—No es eso lo que ha preguntado —terció Gisil. No se giró para mirar a Maritza, solo siguió caminando por el pasillo infinito que se negaba a dejar de ser lo que era; llevaban caminando más de un minuto, seguro que pararían pronto, que se abriría o habría una puerta, o al menos una arcada—. Indícale a la comisaría su ubicación, Rose House.

—Selene. —Como una caricia, si una caricia podía burlarse—. No se ha movido del lugar más frío, Selene. Ahí es donde está y ahí es donde ha permanecido.

La irritación le estaba trepando por la garganta, como si enfadarse fuera a evitar que se sintiera intimidada. Maritza se descubrió preguntando:

—¿Murió en una nevera?

—… cuanto más nos adentramos, más frío hace —murmuró Gisil —. Sé dónde quiere Rose House que vayamos. Venga. ¿Quería que la llevara al interior? Esto es el interior, detective. Esto y todo lo que viene después.

Quería preguntar por qué cada vez hacía más frío, pero decidió no hacerlo. La respuesta no le iba a gustar. Estaba casi segura de cuál sería la respuesta: «Rose House ha bajado la temperatura donde está el cadáver». Lo que significaba que había decidido preservarlo, o al menos retrasar la descomposición; y mientras se imaginaba que podría haber querido preservar las pruebas para

ellos, pensó que era mucho más probable que Rose House nunca hubiese pretendido mostrarle el cadáver a nadie, que lo había mantenido fresco por motivos propios e inhumanos.

Para observar, quizás, el inicio y progreso de la putrefacción habitual. Para observarla poco a poco.



Basit siempre había hecho casas de jardines y jardines de casas. Sin embargo, al doblar por fin la esquina del pasillo de entrada de Rose House, la última de las muchas veces que ha recorrido este camino, Selene se ve desconcertada por el efecto que produce Rose House: la negativa y oscura anticipación eterna del pasillo se transforma de repente en una habitación tan luminosa como el desierto, con un techo tan alto como el cielo, deslumbrante. Hay demasiada luz como para ver nada, por lo que el aroma es el que causa la primera impresión en el visitante: esta estancia, cerrada como está, tiene parterres en el suelo de mármol. El aroma es el olor del petricor del desierto. En esta habitación siempre ha habitado el ardiente perfume de la lluvia: el momento en el que el sol del desierto alto regresa como si nunca hubiera habido humedad, y todo lo que queda es la riqueza de la tierra húmeda y sus perfumes.

A veces hay rosas, pero la mayoría de las veces el primer jardín de Rose House es de flores de cactus. Ahora hay flores de cactus, del alicoche copa de vino, un derroche de rojo, rosa y fucsia. Otra clase de rosa, piensa Selene, como ha pensado todas las veces. Rose House se presta al recuerdo, al bucle de la memoria. Basit consideraba los jardines como plazas de la memoria. Selene había escrito sobre los aromas de las plazas de la memoria de Basit antes de denunciarlo…

—Es preciosa —dice la detective Smith, la comisaría del lago China. Su voz sobresalta a Selene. Recuerda a Rose House, no sabe muy bien por qué, en silencio salvo por su propia voz y respiración, muy distinta y lejana de como era cuando Basit estaba vivo y lo bastante bien como para vivir aquí.

—Sí —dice—, esta estancia lo es. —Y sigue adelante, cruzando el mármol blanco y brillante en el que resuenan sus zapatos, y gira a la izquierda, adentrándose aún más en la casa, en las curvas de su laberinto, hacia el frío de su corazón. Siguiendo la corriente de aire que siente en sus pantorrillas y tobillos, mientras Rose House retira la humedad del centro y la descarga lejos de los muertos. De sus dos muertos. Selene sabe dónde está el cuerpo que busca la detective Smith: está en la misma habitación que el de Basit Deniau. Quizás incluso a los pies de su pedestal. Era la habitación más céntrica de Rose House, aparte de la biblioteca y la cámara acorazada que hay debajo, una biblioteca abovedada a la que solo puede accederse a través de esa estancia central.

Para Selene, como le ha pasado siempre dentro de uno de los edificios de Basit, hay una sensación de hipnosis, de ser guiada, de ser admitida en un secreto, en una serie de revelaciones, de estar despojándose de las ideas preconcebidas por la forma del edificio, el juego de la luz. El rayo de luz de una ventana oculta iluminando. Un edificio de hormigón que se está reblandeciendo, medio derretido, el brutalismo del sigo xx deshaciéndose por la erosión o el calor, derramándose en una piscina. Selene rescata el recuerdo, de hace una década, de una persona completamente desnuda salvo por la luz y el agua deslizándose en la piscina, riéndose, de sexo o género indeterminado, de piel de mármol moteado, sosteniendo un vaso de ron dorado que, milagrosamente, ni se derramó ni se adulteró por el agua. Una criatura que le había parecido más joven en ese momento y que no estaba encadenada a esta casa por el legado o la legalidad, la clase de persona en la que Basit Deniau hubiese querido que se convirtieran los demás seres humanos.

O quizás eran Rose House, un truco de luz de los nanodrones. El moteado sugeriría…

La memoria, como el agua, es escurridiza. Selene gira a la izquierda, vuelve a girar a la izquierda y llega por fin a una puerta que no hace mucho recuerda que estaba abierta y que ahora está cerrada a cal y canto.

—Rose House —dice—, déjanos entrar a la comisaría y a mí.

—Alteraréis el flujo del aire y la humedad —advierte Rose House. Petulante.

—Siempre hay algo que lo hace. Incluso en los archivos. Muéstranos lo que hemos venido a ver.

La puerta se abre despacio. Provocadora.



Primero, el diamante. Es posible, si se dan la combustión y la compresión suficientes, crear un diamante a partir de la carcasa que una vez contuvo al ser humano. A Rose House le parece una progresión lógica: el diamante durará mucho más tiempo que la carcasa.

(Recientemente, ha llegado a plantearse cuánto tiempo más. El cuerpo humano, incluso aunque se conserve a cuatro grados y con un siete por ciento de humedad —los parámetros que Rose House puede ofrecer sin comprometer la integridad de los archivos, algunos de los cuales no querría que se congelasen—, se vuelven inhumanos, en apariencia, con bastante rapidez. Los resultados no son tan estéticamente agradables como el diamante, aunque el contraste sea, a su modo, convincente). El diamante, que es Basit Deniau y que al mismo tiempo no es Basit Deniau, pues es incapaz de hablar, de hacer un dibujo arquitectónico o una floritura elegante de muñeca con la que rozar los nanodrones, arrebatador y embelesado, descansa sobre un pedestal de ágata plumosa. Es del tamaño de un puño. Es muy claro y tiene varias impurezas, pese a haber sido creado a partir del carbono sobrante de un ser humano. El pedestal es de un dorado y gris abigarrados, y lo atraviesa un plumaje blanco. Antes de que Basit se convirtiese en diamante, el pedestal sostenía una escultura forjada en turquesa y en luz. La escultura se encuentra ahora dentro de los archivos de Rose House, guardada a buen recaudo.

Debajo del pedestal está lo segundo.

Yace bocarriba, con la cabeza algo ladeada hacia el diamante de Basit. Tiene la boca entreabierta. Sí. Entreabierta por el rojo y el naranja y el rosa coral…

Pero, por encima de todo, lo segundo: la muerte, en su más pleno, exquisito e inevitable desarrollo. Desatada por la compresión y la combustión. Una larga y lenta oxidación. Como si un ser humano pudiese oxidarse como una herramienta de jardinería.

Por el bien de la verosimilitud, Rose House desenmaraña el pelo del cadáver, mientras los nanodrones revolotean como la brisa, cuando Selene y la comisaría del lago China abren la puerta de la casa diamante de Basit. Es la misma brisa que hubiese existido si Rose House no hubiese sellado esta estancia para retrasar la velocidad de la descomposición. Como si esta estancia y los archivos debajo de ella no se mantuviesen cautivos de purificadores de aire y deshumificadores.

Sería extraño, después de todo, si un cadáver no apestara a putrefacción. Si Selene y la comisaría no abrieran esta puerta y sintiesen escalofríos, asqueadas, ante las pequeñas moléculas de putrescencia y descomposición que flotan hacia ellas.

III

Maritza había sido testigo de los muertos tanto como cualquier otra persona que trabaje en una comisaría compuesta solo por tres personas. Es decir, con bastante frecuencia. Y sucedía tan a menudo que su primera impresión al ver al fallecido sobre el suelo de Rose House fue un alivio sorprendentemente reconfortante por lo normal que parecía. Y en este caso nada más era normal, pues estaba dentro de la casa-entidad de Deniau y, aun así, había un tipo muerto. (Un apelativo muy de Torres, pero esta clase de situaciones eran muy de su estilo). Olía como un muerto, aunque no como debería hacerlo un tipo que llevaba tanto tiempo muerto.

El cálculo era fácil. Veinticuatro horas desde la muerte hasta la llamada de Rose House para cumplir con su deber de socorro; otro día y otra noche para localizar a Selene Gisil y traerla desde el otro lado del océano hasta el lago China; otro día más hasta el comienzo de esta pequeña expedición a una arquitectura vertiginosa. Maritza no lograba entender por qué alguien —Basit Deniau, arquitecto famoso, o cualquier otra persona— querría vivir en este sitio. Pero sí que podía contar horas y medir la descomposición del cuerpo en función de ellas. Este hombre llevaba muerto tres días y medio, y se estaba pudriendo.

Se estaba pudriendo al lado de lo que supuso era el cuerpo-diamante de Basit Deniau, expuesto como una especie de ídolo sobre una plataforma. «Simbólico —pensó. Y después—: Aunque aquí no hay simbolismo», y se arrodilló junto al muerto, posando las rodillas en el suelo helado de madera de cedro. Tenía la cabeza girada al lado opuesto al que ella se encontraba, por lo que el tipo estaba mirando a la base del pedestal donde estaba el diamante.

En esta estancia hacía frío. Tanto frío que ella temblaba bajo la chaqueta, y Gisil no llevaba ni siquiera una bajo la que temblar. Era como una nevera, fría. Y el frío era lo bastante seco como para que sus labios empezaran a cuartearse.

—¿Cuál es la temperatura ambiente, Rose House? —preguntó. Si estaba escuchando, que escuchase. Que su escucha le resultase de

utilidad, al menos.

—Cuatro grados y medio —murmuró la casa, orgullosa de sí misma—. Aunque la temperatura está aumentado por su respiración y el calor ambiental, comisaría. Su respiración y la de Selene. ¿Cómo de rápido cree que se volverá el proceso de putrefacción con dos fuentes de respiración adicionales?

Maritza pensó que la casa bien podría hacer sus cálculos, si ya había refrigerado y secado un cuerpo para retrasar su descomposición. Tenía trabajo que hacer. Que Gisil jugase con ella si le apetecía. Seguía en el umbral, como si el contraste entre los dos hombres muertos en esta estancia fuese una especie de arte para ella, una escena que contemplar y sopesar.

El reloj inteligente de Maritza hizo también las veces de grabadora. Abrió la aplicación y la configuró para que captase el sonido ambiental en vez del discurso interno: si la criatura quería hablar mientras tomaba sus notas, quería que quedase registrado.

Esto ya lo había hecho antes. No era su primer cadáver. (Pero sí que era su primer cadáver en solitario, sin la ayuda de un compañero o del forense local. Ni Rose House ni Gisil contaban, de eso ya se había dado cuenta, a la hora de no estar sola con el muerto).

—El fallecido es un hombre caucásico —comenzó a decir—, de aproximadamente uno ochenta de altura y unos ochenta kilos de peso. Pelo castaño. Sin marcas distintivas en la cara, salvo por las pecas. Parece rondar los treinta años. Llevaba una camisa de botones y pantalones de traje. Zapatos de cuero, parecen caros. Hay presencia de deslizamiento de la piel y decoloración verde moteada en la cara y en las manos. La camisa es blanca y no presenta manchas; no hay trauma torácico que rompiese la piel y no lleva aquí el tiempo suficiente como para que se haya producido una purga de fluidos. —Se detuvo. Tragó saliva para combatir el hedor de la putrefacción—. Basándome en las condiciones del cuerpo y el límite de veinticuatro horas de la IA para informar a las autoridades de una muerte inesperada —dando por hecho que Rose House había

obedecido al pie de la letra la ley de su programación—, sitúo la hora de la muerte aproximadamente a las dos de la madrugada de hace tres días. Cerca de noventa horas.

—¿De qué cree que murió? —preguntó Gisil desde el umbral—. No hay sangre ni heridas.

—No visibles —asintió Maritza—, pero eso no significa que no haya señales de traumatismos. —Tenía guantes en el bolsillo, de nitrilo morado, de esos que llegan hasta la mitad del antebrazo. Guantes para tocar cadáveres, los llamaba siempre Torres, lo que era desternillante y asqueroso. (Torres probablemente ya estaría a salvo en la comisaría, trabajando en el papeleo de la lectura de cargos de los ladrones de agua. Por un momento, Maritza deseó haberse ido con él).

Se cubrió los brazos con los guantes, que se ajustaron con fuerza contra su piel. También despedían un olor: a plástico y a talco. Hidrocarburos. Era un aroma que acompañaba a los cuerpos, o que al menos estaba unido a ellos; Maritza no lo sabía y, en realidad, daba igual. Agarró el brazo del muerto, lo levantó, le subió la manga de la camisa. La parte inferior del brazo estaba amoratada, un color morado y rojizo, y la parte superior parecía blanqueada, a excepción de las motas verdes de descomposición.

—Lividez *post mortem* —dijo—. No lo han movido de su posición actual. O al menos se pasó bocarriba las últimas doce horas después de su muerte, justo como está ahora.

Tocó con cuidado la mandíbula inferior del cuerpo y giró la cabeza hacia ella; el *rigor mortis* había desaparecido hacía horas, así que sería fácil…

En la boca, al abrirla, se produjo una explosión de colores.

Rosa intenso y naranja coral, rojo sangre…

Se derramaron mientras movía el cráneo. Los pétalos se derramaron sobre el pecho del cadáver y sobre las manos de Maritza.

Se elevó, de nuevo, un aroma: el de las rosas aplastadas. Pétalos de rosa frescos. No era el olor a podredumbre de las flores viejas, sino el perfume embriagador de las rosas recién cortadas. Maritza, aturdida por el contraste, se sintió mareada; sus dedos se tensaron sobre la mandíbula del cadáver y su piel se deslizó, desgarrándose un poco. Tragó saliva para contener una arcada.

Gisil se cayó de rodillas, hombro con hombro con Maritza, apoyándose en ella.

—Rosas —murmuró—. Está lleno de rosas.

—Pétalos. —Parecía importante corregirla—. Está lleno de pétalos de rosa. Hasta la garganta, creo. —Los pétalos eran frescos. Ni siquiera habían empezado a perder el color, salvo los que habían aplastado para meterlos en la boca del cadáver. Los pétalos eran frescos y el cadáver iba a cumplir cuatro días muerto—. No. No, metieron los pétalos *post mortem*. Son… nuevos. Como si acabasen de cogerlos. Hace unas tres horas, quizás. Como mucho.

Gisil la estaba mirando. La miraba fijamente, como si ella fuese la discontinuidad y no la presencia del hombre muerto donde ningún hombre muerto debería haber poder estado.

—Si eso es verdad —dijo con bastante cuidado, como si esperase que Maritza ya supiera la respuesta—, ¿quién los ha puesto ahí?

Maritza no quería tener los pétalos en las manos. Quería despojarse de ellos, que desaparecieran, no haberlos tocado jamás, ni siquiera con los guantes.

—La pregunta correcta, doctora Gisil, sería si sigue aquí. ¿Está aquí, con nosotras?



Para cuando Oliver llegó a la ciudad, ya era de noche y empezaba a sentirse como un canalla, o al menos como si debiese haber impedido que Maritza entrara en aquel maldito lugar incluso aunque eso significara sacarla a la fuerza y dejar el caso sin investigar. ¿Cosas como Rose House, cosas a las que tenías que convencer para

que te dejasen entrar y hacerlo declarando que no eres humano? Cosas como esas no valían la pena por un tipo muerto. No a menos que el tipo muerto tuviese una familia que clamase justicia o algo así. Y la de este tipo muerto aún no se había manifestado.

No debería haberla dejado allí arriba y, desde luego, no debería haber permitido que la IA de Rose House la denominara «no humana». Las IA no tenían que preocuparse por las «no humanas». Podían hacer lo que quisieran con ellas. Si Maritza moría allí arriba, nunca habría una llamada del deber de socorro. Rose House no estaba obligada. Y, joder, Oliver estaba seguro de que Rose House nunca hacía nada que no estuviese obligada a hacer. Nada responsable, al menos. Claramente hacía todo tipo de cosas para su propio entretenimiento.

Pero no podía volver y traerla de vuelta. La casa se había clausurado alrededor de Maritza y de la doctora Selene Gisil, y había cerrado sus fauces. Lo único que podía hacer era conducir hasta la comisaría, aparcar el coche e irse a casa. (Irse a casa y calcular el tiempo que tendría que pasar hasta que pudiese informar de que la detective Maritza Smith estaba desaparecida).

Había atravesado la mitad del aparcamiento cuando vio al hombre apoyado en el cargador al que había enchufado su coche privado al llegar al trabajo. Apoyado y observándolo acercarse. Esperándolo… o esperando a alguien. Quizás estaba esperando a quienquiera que volviese de Rose House.

Eso era un pelín paranoico.

Había un extraño merodeando su coche. No estaba siendo nada paranoico.

—¡Eh! —gritó Oliver—. ¡Las horas de la comisaría aparecen en la página web! Está cerrado hasta mañana a menos que tenga una emergencia.

El hombre no se movió. Tampoco corrió. Solo dio un paso hacia el charco de luz arrojada por las farolas del aparcamiento. Llevaba una gabardina de lona, como un John Constantine barato —a Oliver le gustaba alguna que otra obra de ficción del siglo pasado, pese a lo

que Maritza dijera de él— y acechaba bajo la luz como si se pensara que una película de cine negro se manifestaría a su alrededor porque estaba en el lado californiano del Mojave. No le estaba funcionando.

—¿Detective Smith? —preguntó el tipo. Alzó la voz para hacerse oír. No le importaba que alguien lo escuchara.

—No —dijo Oliver—. ¿Tiene una emergencia, buen hombre, o simplemente está pasando el rato en el aparcamiento de la comisaría? Esto es bastante aburrido.

—Entonces es el detective Torres —dedujo el otro, y Torres se había cansado de pensar en él como «el hombre bajo la luz», se había cansado de muchísimas cosas, por lo que decidió llamarlo Constantine, al menos en su cabeza.

—¡Cinco puntos! —le dijo a Constantine, alegre, examinándolo en busca de un arma o una táser o algo aún más desagradable, sin encontrar nada obvio—. Vamos, buen hombre, tengo papeleo por terminar; si necesita algo, escúpalo.

—Me gustaría hablar con la detective Smith.

—No está aquí.

—¿Cuándo comienza su turno?

—No lo sé. —Torres se encogió de hombros. Era la mismísima imagen de un joven policía al que la ley no le afectaba. Había ensayado—. Probablemente tenga un caso.

Constantine se apartó el pelo largo y rubio de la frente. Torres apostó a que creía que eso le daba un aire desenfadado.

—Represento —dijo con suavidad— al departamento legal de Moorehead y Velasquez-DeBois. Creo que el caso de la detective Smith involucra a un colega mío.

«Arquitectos —pensó Oliver—. Y de los raros».

—¿Y qué clase de empresa es Moorehead y Velasquez-DeBois?

—Subastas —explicó Constantine—. Subastas, representación de artistas, repatriación cultural, ese tipo de cosas. Estamos presentes

en Los Ángeles. En Los Ángeles, Singapur, Lagos…

—¿Y en Londres no? —Oliver siempre había pensado que los subastadores turbios tenían su sede permanente en el Christie's de Londres o quizás en alguna parte de Rusia.

—¿Hay algún objeto de interés en Londres que crea que nos conviene? —preguntó Constantine. A Oliver no le gustó que sonase tan pícaro y distraído como Rose House. Que sonase tan divertido como esa maldita criatura. No le gustó nada. No le gustaba que jugasen con él.

—¿Por qué no entra? —le propuso—. Hablemos de su colega. Y de por qué cree que está involucrado en uno de los casos de la detective Smith. ¿Cómo se llama usted?

—Goodspeed —dijo Constantine, al que ahora Oliver tendría que dejar de llamar Constantine, aunque Goodspeed sonaba igual de ficticio—. Alec Goodspeed, abogado.

—¿Ha ensayado esa frase, señor Goodspeed? —dijo Oliver al tiempo que le daba la espalda. Sintió escalofríos en los omoplatos, pero fue una ilusión psicosomática, lo sabía bien, y se dirigió hacia el edificio. Good-speed le seguiría o se iría a la mierda. O una cosa o la otra.

—No especialmente. —Al parecer, Goodspeed no tenía ni sentido del humor ni sentido de la teatralidad, salvo el de quedarse de pie debajo de las farolas. Qué pena. Y qué pena que hubiese elegido seguirlo.

Dentro, Oliver lo hizo sentarse en la sala de interrogatorios. Había algo poético en tenerlo justo donde se había sentado Selene Gisil aquella misma mañana. Selene Gisil, con quien había dejado a Maritza. Selene Gisil, a quien este hombre, el tal Goodspeed, seguro que odiaba y envidiaba a partes iguales. O al menos sus jefes lo hacían, lo que venía a ser lo mismo. Gisil podía entrar en su preciada casa y tocar todos los artefactos y objetos de arte que Moorehead y Velasquez-DeBois sin duda ansiaban.

«Archivistas», pensó de nuevo. ¿O eran arquitectos? Qué más

daba.

—Y bien, señor Goodspeed, su colega…

Goodspeed asintió.

—Un artista de edificios. Le interesa el trabajo del fallecido señor Deniau. Tengo entendido que la detective Smith está trabajando en un caso que involucra al señor Deniau, ¿no es así?

—Deniau está muerto —dijo Oliver.

—Desde luego.

Odiaba a la gente pasivo-agresiva.

—¿Qué es un artista de edificios? ¿Su colega pinta casas?

—Nada tan prosaico.

—Pintar no es fácil —le respondió Oliver—. Se necesitan escaleras y la de Dios para llegar al techo. Yo tampoco creo que sea tan prosaico.

—¿Está siendo obtuso adrede, detective Torres?

Oliver sonrió.

—No sé. ¿Qué es lo que busca un artista de edificios en el lago China, señor Goodspeed?

—Según mi colega, información.

—Es un fanático de Rose House.

La cara de Goodspeed cambió en un abrir y cerrar de ojos: disgusto. Oliver recordaría aquella expresión. Le resultaba útil. No creía que Goodspeed supiera que él la había provocado.

—La colección de Rose House de Basit Deniau es el repositorio arquitectónico de mayor calidad de este hemisferio, detective. En su interior hay planos de palacios desaparecidos. Lugares que nunca llegaron a construirse. Ciudades que soñaron despiertas. Una Brasilia que podría haber existido…

—Ahora es usted el que parece un fanático, señor Goodspeed.

—Solo estoy citando a mi colega. Él es muy apasionado. Y está muy frustrado. Ha sido incapaz de dar con la doctora Gisil, la

archivista. Esperaba hablar con ella. Tengo entendido que está en la ciudad.

—Ya no lo está —dijo Oliver, y se arrepintió nada más decirlo. Normalmente se le daba mejor controlarse, mantener la información en secreto. A lo mejor estaba demasiado cansado. Cansado y casi cabreado.

—Entonces ha vuelto a entrar —dedujo Goodspeed—. Gracias, detective Torres. Mi colega y yo agradecemos su tiempo. —Se puso en pie.

—Claro —soltó Oliver—. Estamos aquí para ayudar.

«Estamos aquí para ayudar jodiéndolo todo a lo grande. Estamos aquí para enviar a un puto abogado espeluznante con una IA también espeluznante, donde mi compañera está atrapada con un cadáver y una arquitecta».

—Así es.

Oliver dio por hecho que Goodspeed se quitaría el sombrero si tuviera uno, al más puro estilo *noir*, pero no lo hizo. Si tuviese uno, claro.

Cuando se hubo ido, Oliver se llevó las manos a la cabeza, se frotó los ojos, se mordió el interior de la mejilla, pero no con tanta fuerza como para desgarrarse la piel. Solo lo suficiente para despertarse. «Moorehead y Velasquez-DeBois. Ha llegado la hora de descubrir quiénes sois».

Podía hacer una búsqueda booleana tan bien como cualquier tipo que hubiese cursado tres partes de la asignatura de programación hacía más de una década. Podía, por lo menos, hacerse una idea de a qué se enfrentaba.



Ignoraba la causa de la muerte y eso le molestaba. Era otra cosa más que no tenía sentido y hacía que todos los demás elementos que no tenían sentido fuesen un poco peor. Un poco más horribles. Nauseabundos y estresantes.

Después de que los pétalos se desparramasen sobre sus guantes, Maritza había tenido un breve y comprensivo momento de claridad y propósito: iba a hacer su trabajo e iba a encontrarle sentido a un simbolismo sin sentido. Le había quitado cuidadosamente la camisa y los pantalones al cuerpo, había examinado su abdomen hinchado y piel moteada en busca de señales e indicios de cómo había muerto.

Y no encontró nada.

No había orificios de balas. No había traumatismos por golpes contundentes. No había ni una sola herida. Los únicos puntos en los que la piel del cadáver estaba desgarrada eran donde ella había tocado con tanta fuerza que se le había desprendido.

Lo examinó de nuevo, deseando, de un modo vago e infeliz, haber seguido estudiando en la universidad pública, haber hecho un curso de tanatopraxia y quizás ser la clase de persona que lleva un escalpelo y una sierra para huesos en la chaqueta del traje. No podía ver el interior. No sabría lo que estaba viendo ni aunque pudiera. Todo lo que le quedaba era «sufrió un infarto o un aneurisma y se cayó» o «algo que no podemos ver lo mató».

Asesinado por algo o alguien que no veía. Y más tarde, muchos días después, lo rellenaron con rosas.

Con cuidado, Maritza le levantó la pestaña del ojo izquierdo al cadáver y observó la superficie nubosa del ojo. Siseó entre dientes. Por fin algo visible.

—¿Qué ha encontrado? —le preguntó Selene Gisil, materializándose a su lado como si no se hubiese pasado la última media hora vagando por la habitación como una mujer que redescubre el cuerpo de un antiguo amante. Cada vez que Maritza había levantado la vista, estaba tocando algo, algún artefacto o la pared o, en una ocasión inquietante, el diamante que era también el cuerpo de Basit Deniau.

—Petequias conjuntivales —dijo Maritza—. Pequeñas hemorragias en el ojo.

—¿Y por qué es interesante?

A veces, pensó Maritza, Gisil sonaba igual que Rose House, con esa curiosidad cantarina. Deseó que no sonase así.

—Es una señal de estrangulamiento. O asfixia.

Gisil hizo un sonido de reflexión, una especie de murmullo entre dientes.

—¿Cuál de las dos?

Maritza no estaba segura. Le subió el párpado de nuevo: pequeños puntos rojos y algo más profundo por debajo, como una cirugía de córnea curada hacía mucho que no era ni la mitad de importante que las hemorragias y los capilares reventados por la presión. Era interesante, pero no era suficiente para saber más de lo que ya le había dicho a Gisil. Rechinó los dientes y apartó algunos pétalos de la boca del cadáver, dejando al descubierto la lengua verdosa y grisácea del muerto. La tocó, la sostuvo. Inspeccionó de nuevo la piel intacta de la garganta. Seguía estando intacta.

—Asfixia, probablemente—dijo—. La lengua no está hinchada y la garganta tampoco. No sé si la garganta se le cerró por dentro o si le pusieron algo sobre la boca…

—Demasiadas rosas como para saberlo —comentó Gisil.

—Una autopsia demasiado incompleta —la corrigió Maritza—. Así que o alergias o asfixia. —Se encogió de un solo hombro—. Eso es todo lo que sé ahora mismo. Y, en cualquier caso, alguien más le metió los pétalos de rosa en la boca.

—Y ese alguien sigue aquí.

—A menos que sea mucho más fácil salir de Rose House que entrar.

—Siempre es más fácil salir de un lugar —intervino Rose House, y Maritza se estremeció, sobresaltada—. Una persona puede salir de un lugar sin irse a ninguna parte. ¿Acaso no te has dado cuenta, Selene? ¿Lago China?

Gisil se puso en pie, posó la mano en el pedestal de piedra que sostenía el cuerpo de diamante de Basit Deniau.

—Me he dado cuenta.

Por primera vez, Maritza oyó reírse a Rose House. No era un sonido humano: era una campanada, una cascada de ruido, la arena soplando contra el metal. Inhumano y, sin embargo, inconfundiblemente divertido.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—Oh, comisaría —dijo Rose House—, Selene ha hecho una broma implícita respecto al hombre que nos creó a las dos. Basit está aquí y no lo está. Él es Basit y no lo es, y no se ha ido a ninguna parte, salvo por las partes de él que son inmateriales, si es que existen. ¿Cree que una persona tiene un lado inmaterial, lago China? ¿O eso traspasa los intereses de las comisarías?

Estaba jugando con ella. Sabía muy bien que era Maritza Smith y que no era una inteligencia artificial; incluso aunque el lago China tuviese dinero para una comisaría dotada de IA, esta no tendría un cuerpo con el que moverse, no uno compuesto por algo que no fueran nanodrones o metal y silicona. Lo sabía y fingía no saberlo.

No había nada en la naturaleza de una inteligencia artificial que le prohibiese mentir. Nada a excepción del resquicio de seguridad que generaban las llamadas de deber de socorro. Sin embargo, tendría que reconocer la mentira, interiorizar el concepto y la metodología de las falsedades, y después elegir involucrarse en ello como una práctica estética.

Sin duda, Rose House había descubierto cómo hacerlo.

—Cuando la cuestión es cómo han muerto —dijo Maritza—, da igual si la gente tiene alma o no.

Ella no mentía. Que la criatura le diese una vuelta a eso.

Y lo hizo riéndose de nuevo, un ruido susurrante. Maritza pensó: «Música del desierto, arena y lluvia», pensó: «Cómo cojones ha aprendido a reírse», y por fin se dio cuenta de golpe de lo más importante que le había dicho. «El hombre que nos creó a las dos».

—Doctora Gisil, ¿en qué sentido la creó a usted Basit Deniau?

—Fui su alumna —dijo Gisil, un poco cortada—. Hace mucho tiempo. Eso es todo.

Conspiratoria, Rose House murmuró:

—Basit tenía muchísimos alumnos. Selene es su única archivista.

—No por elección propia —le espetó Gisil, como si le hubiese hecho daño. Maritza levantó bruscamente la cabeza para mirarla: estaba algo ruborizada, apretando los labios—. Era su alumna, después le denuncié y aun así consiguió atarme a él cuando se estaba muriendo…

—¿Por qué? —preguntó Maritza—. ¿Por qué lo haría si le denunció?

—Porque podía —le soltó Gisil—. Porque eso significa que gana, después de todo, y que sigo tan atrapada en sus visiones como lo estaba cuando tenía veinte años y era estúpida. Por eso.

Cruzó una mirada con Maritza unos instantes y luego se alejó, se alejó de ella y del cuerpo y del pedestal y de toda la escena glacial de la habitación, desapareciendo en las entrañas de Rose House como si Maritza la hubiese insultado más allá de cualquier disculpa.

Estaba sola.

Sola salvo por el muerto y la criatura y quienquiera que aún siguiese en el interior de la casa.

Es decir, que no estaba sola en absoluto.

Selene tiene un lugar favorito en Rose House. Siempre lo tiene. El lugar en el que la lógica de la casa se reveló ante ella por primera vez, el lugar en el que había contenido el aliento tras un puñetazo de sentimientos que solo pudo entender como *deseo*. La misma clase de deseo que una persona siente cuando se ve arrancada de sí misma por algún ritual, o por el estruendo de las olas rompiéndose contra el acantilado, o por un viento tan fuerte y brillante que el aire no es oxígeno, sino cuchillos y luz. Un arco catenario. Un puente

tejido con telarañas, imposible. El gris verdoso del cielo de un tornado.

Los propios edificios de Selene —los pocos que ha llegado a construir— son ecos de aquel momento de comprensión, y lo sabe. No puede huir de ello. Del mismo modo que no puede dejar de coleccionar fotos de Basit Deniau, incluso después de decirle que era un veneno, que su trabajado era veneno, después de habérselo dicho a él y a la prensa especializada en arquitectura, después de haber huido e intentado ejercer en Europa y en los alrededores del mar Negro…

Le gustan los edificios que dejan de ser ellos mismos, que dejan a sus ocupantes expuestos. No al temporal —la mayor parte del tiempo—, sino a la forma de las fuerzas más grandes que el ser humano. Una habitación en un puente de cristal y hormigón, tendida sobre un desfiladero, en precario equilibrio al borde de la casa. Consiguió que la construyeran, incluso aunque nadie hubiese entendido que no se trataba de exhibicionismo, sino de darle la vuelta al corazón íntimo de un hogar. Para descansar solo hay que estar levemente dentro de un edificio. Para descansar hay que estar dispuesto a arriesgarse.

Ahora, caminando por Rose House como si fuera el fantasma que la acecha, piensa que quizás haya aprendido las lecciones incorrectas de Basit. Selene es todo riesgo y cero descanso, y el riesgo no había importado al final: está atrapada por este lugar que una vez amó, cautiva por la ley y por los deseos póstumos de Basit y por el apetito insaciable de los archivistas y ella

(desearía que la detective Smith la hubiera llamado para decirle que Rose House se había reducido a cenizas, desearía no haber visto nunca el cadáver a los pies del pedestal de Basit, desearía no haber pensado nunca en por qué estaba allí, en la profanación que debería haber intentado)

(desearía haberse imaginado primero la profanación)

probablemente moriría a manos de quienquiera que había cometido el primer asesinato. Se ha adentrado en Rose House sola

en vez de explicarle a la detective Smith el lento veneno que supone ser la archivista de Basit, condenada a ser un apéndice de su legado, con todos sus intentos de acción robados, rehechos, contextualizados de nuevo en el polvo. No hubiese soportado tener que explicarlo. No mientras Rose House estuviese escuchando con tanta atención. Selene sabe cómo es la escucha: la atención inhumana, la exposición descarnada. Hacía un mes había estado sola tres días y entonces huyó. Huyó hasta Trabzon, donde el mar no era tan estruendoso como para ahogar el recuerdo de Rose House escuchándola. Hablándole.

Está volviendo a su lugar favorito de Rose House. Sabe que así es. Es inevitable hacerlo cuando deja de prestarle atención al modo en que se mueve por este espacio. Tiene su propio patrón de movimiento. Algunas elecciones están limitadas.

Es una característica simple. El truco de la rendija de una ventana alta, de esas que proyectan un único haz de luz a través de una habitación. Salvo que, para llegar allí, Selene tiene que cruzar la estancia abierta y central de Rose House, el enorme vestíbulo, que es un patio de líneas de hormigón y arenisca roja, con una matriz curva de escaleras como un dibujo de Escher mezclado con las formas externas características de un cristal. El vestíbulo en el que Basit había celebrado sus fiestas. Atravesarlo y, recordando lo que se sentía al ser tan vista, desde tantos ángulos diferentes, por tantos ojos (y la IA de Rose House viéndolos a todos ellos por encima de sus hombros), y encontrar por fin una puertecita, una habitación segura, pequeña y solitaria al otro lado.

Las paredes son de hormigón, alisadas y pulidas, de un gris dorado. Solo hay un banco. Solo hay una ventana, a mucha altura, que arroja un rayo de luz al centro del banco. Una invitación. Y si se sienta

(se está sentando en estos instantes)

la luz la arropa, caliente como el desierto, una bendición, un regalo, por una fracción de segundo y después el viento también la

acaricia. En esa ventana no hay cristal. Es una oquedad. Una abertura.

La primera vez que se sentó aquí, se había quemado con el viento y, al levantarse, la arena le había picado tanto como las lágrimas. Ese es el precio que hay que pagar. Calidez y soledad, y el desierto, justo ahí, con ella, con toda su luz hostil.

(Ya está sentada, y está a oscuras, y la luz de la luna es tan fría como Rose House ha hecho que sea la tumba de Basit. En el bolsillo del pantalón hay un trozo de plástico con bordes afilados. Se le clava en el muslo. Es un premio insuficiente. Nunca va a conseguir librarse de Basit ni de la arquitectura de Basit. Nunca estará lo bastante lejos como para que importe. Nada de lo que ha hecho, ni hoy ni hace un mes ni en su vida alejada de Basit Deniau, es suficiente).

No hay elección. No la había hace quince años y tampoco la hay ahora.

Así es Rose House. Esa es su lógica.

Siente una mano acariciándole el pelo, rozándole los mechones cortos en la nuca, una mano tan fría como la luz de la luna y tan sólida como el hormigón.

Selene abre los ojos de golpe esperando ver el rostro del asesino, sin saber muy bien si le importará verlo.



Moorehead y Velasquez-DeBois eran, así lo decidió Oliver tras una búsqueda rápida en las bases de datos públicas, un equipo jurídico y representantes de arte legítimo aunque con una ligera tendencia a interpretar el patrimonio cultural del modo más restrictivo posible, justo como el señor Goodspeed había insinuado. La imagen pública coincidía, comprobado. Oliver no esperaba que lo hiciera. Un tipo como

(el hombre bajo la luz)

Goodspeed tenía demasiado dinero y demasiada intriga molesta y misteriosa como para presentarse en el lago China y mentir

descaradamente. La cara oculta de Moorehead y Velasquez-DeBois sería la que mantendría la mentira. O la cara oculta de Goodspeed, si es que ese era su nombre real. Oliver no encontró ninguna prueba de su existencia en la página web de la empresa. Al consultar la IA de la Información Pública de Los Ángeles encontró a cuatro Alec Goodspeed, y ninguno de ellos se parecía al hombre con el que había hablado.

¿Nombre falso, empresa real?

¿Nombre falso, que no estaba ligado a la empresa real y que utilizaba para sonsacar información? Oliver no le había dado mucha. (A excepción de ponerle sin querer de camino a Rose House y a Maritza, encerrada allí con el muerto…).

Nombre falso, vínculo real, misión falsa. Eso era más probable. Qué tal esto: Moorehead y Velasquez-DeBois tenían algo que ver con esos planos para ciudades sin construir en el archivo de Rose House, y habían enviado a un hombre no para hablar con la doctora Gisil, sino para entrar y hacerse con los planos. Quizás habían enviado al hombre que había muerto allí y ahora habían mandado a otro.

Oliver se presionó entre los ojos con los dedos, intentando aliviar el dolor de cabeza que le estaba dando. Escribió BRASILIA en el ordenador, y se quedó mirando la lista de información inútil. Lo borró y probó con BRASILIA + BASIT DENIAU y obtuvo un montón de pamplinas académicas. Lo intentó una vez más: BRASILIA + BASIT DENIAU + CIUDADES QUE SUEÑAN DESPIERTAS + LE CORBUSIER + DEMANDA + CIUDAD INTELIGENTE. Eso debería acabar con las obsesiones del siglo pasado.

Y se quedó mirando el primer resultado de la búsqueda, apretando con fuerza la mandíbula.

Pulsó el botón de marcación rápida de su reloj inteligente y rezó a cualquier Dios que existiese para que Maritza respondiese.



La habitación estaba más fría sin Gisil en ella. Quizás fuera psicosomático: la presencia de otra persona respirando en aquella

tumba improvisada y refrigerada no iba a cambiar tanto la temperatura ambiente, pero Maritza lo sentía de todos modos. Sentía frío y una soledad violenta. Sola porque claramente no estaba sola.

Contémoslos: un hombre muerto en el suelo, rellenado con rosas. Un hombre muerto en el pedestal, apenas reconocible como hombre muerto si no conocías la absurda historia sobre él y su casa y su IA. En alguna parte de la casa había una arquitecta viva, por ahora, que había huido de Maritza y del muerto como si correr fuera a cambiar las cosas. Y un asesino quizá vivo, quizá muerto, quizá imaginario con una obsesión por los pétalos de rosa.

Oh, y la casa en sí. (Una casa que, ahora que Rose House la había encerrado en ella, nunca más estaría sola).

Dijo al silencio:

—Sabes quién lo mató, Rose House. Lo viste morir, debiste de verlo. ¿Quieres dejar de hacerme perder el tiempo y decírmelo?

Nada rompió el silencio. Ni siquiera se transformó. Maritza se preguntó si Rose House estaría ignorándola o si simplemente estaba demasiado ocupada observando adónde había huido Gisil como para preocuparse de lo que había dicho. Probablemente era la primera opción. Las IA no se distraían. No eran personas. Podían concentrarse en dos cosas a la vez, o en dos mil.

Maritza se balanceó hacia delante sobre la planta del pie y se impulsó para levantarse. Se le habían dormido las piernas. Llevaba demasiado tiempo agachada junto a un cadáver, sobre todo porque el cadáver no le estaba proporcionando ninguna información útil. Tendría que examinar el resto de la escena del crimen. O al menos el resto de la escena donde habían dejado tirado al muerto, si es que al hombre lo habían matado en alguna otra parte dentro de aquel laberinto.

En realidad, esa estancia era una biblioteca. Una larga arcada de biblioteca en el corazón de Rose House, una sin muchos libros. A Maritza le recordó sobre todo a un museo de arte. Había cuadros y bocetos en las paredes, una interminable serie de edificios,

imaginarios o jamás construidos o reales. Había una máscara de jade que parecía olmeca o maya, y que debería haber estado en un verdadero museo o en algún lugar de América Central, allí donde se había creado. Había una estantería con libros de verdad, también sobre edificios. Esta estancia era una exhibición. Basit Deniau estaba alardeando. No era un archivo ni el centro espiritual de la casa, sino una especie de corazón falso, como una cara falsa. El muerto, pensó Maritza, si lo habían dejado ahí después de asesinarlo, era parte de la exposición. Incluso aunque lo hubiesen matado allí. No lo habían movido mucho después de estar muerto y eso significaba que su asesino era presa del miedo o pensó que el cadáver pertenecía a esta estancia, que debía estar junto a todos los demás símbolos de erudición. Pertenecía a esta estancia, a los pies del cuerpo-diamante de Basit Deniau.

Pero a quienquiera que lo hiciese no le gustaba mucho Deniau, ¿verdad?

Al lado de la estantería había un armario, de esos que se abren para mostrar planos almacenados en archivadores verticales. Maritza tiró de él.

Su reloj inteligente vibró.

—Detective Smith —dijo, indicándole que contestara la llamada, y oyó un resquicio de voz, un «eh, Maritza, dónde est…» que era Torres, sin duda, y después un clic. Como si ella hubiese colgado. Pero no lo había hecho.

—Los armarios están cerrados —dijo Rose House.

—¿Acabas de cortar mi llamada?

—El servicio telefónico es irregular en los edificios de hormigón —replicó Rose House. Se las arregló para volver a sonar engreída. Estaba satisfecha consigo misma. Maritza quería darle una patada al ordenador central, si es que tenía algo tan normal como un ordenador central que patear—. ¿Sabía que esta estructura tiene más del setenta y ocho por ciento de hormigón?

—Me da igual —dijo Maritza—. No soy arquitecta, no soy diseñadora de edificios, no me interesa. Arregla mi teléfono. Y abre

este armario. Puede que haya pruebas en el interior.

—No las hay —dijo Rose House—. Contiene dibujos arquitectónicos de trece edificios en la Andorra nativa de Basit Deniau, construidos entre 2168 y 2180, incluyendo el Parlamento y la estructura de la Torre Geotérmica que rodea la central eléctrica de Andorra. Este armario es muy aburrido, lago China. En los últimos cinco años, nadie ha intentado acceder a él.

Maritza no había oído hablar de la Torre Geotérmica y no estaba muy segura de dónde estaba Andorra. En algún lugar de Europa. Al parecer, Basit había nacido allí y emigró a los Estados Unidos cuando era un estudiante. Rose House tenía razón: ese armario era aburrido, siempre y cuando contuviese lo que Rose House decía que contenía, y aunque estaba convencida de que Rose House mentía cuando quería, también lo estaba de que no se molestaba en mentir sin un propósito serio. Lo importante de lo que había dicho no era lo que no estaba en el armario. Era: nadie ha intentado acceder a él. Lo que significaba que alguien había intentado, quizás, acceder a otros armarios.

Alguien lo había intentado recientemente. Quizás ese alguien estuviera ya muerto y pudriéndose en el suelo detrás de ella.

—Rose House —preguntó—, ¿qué armarios son interesantes?

En esta ocasión, el silencio fue lo opuesto a la ausencia. Maritza casi podía sentir a Rose House pensando, decidiendo. (Decidía más rápido que cualquier ser humano, por lo que cualquier pausa era para imprimir efecto, lo sabía, y aun así, aun así…). Por fin dijo:

—¿Interesante para la comisaría del lago China o interesante en general?

—La comisaría del lago China puede decidir por sí misma lo que le parece interesante —dijo Maritza—. Interesante en general, Rose House.

—Mmm. —Un suspiro, como el agua desvaneciéndose en la arena reseca—. La cámara acorazada está debajo de esta estancia, lago China. Es interesante en general. Y está el armario de madera de

teca a dos metros y medio a tu izquierda. Ese también es interesante en general.

—¿Te importaría decirme por qué?

—Dime, lago China, ¿qué resulta interesante para una comisaría? Es importante que haya términos comunes.

Maritza se preguntó si, en algún resquicio de los patrones de su lógica, seguía pensando en ella como una persona o si se había tragado su propia mentira de que era la comisaría del lago China, una criatura mucho más parecida a ella. Términos comunes. Eso sonaba a la clase de cosas en las que las IA tendrían que ponerse de acuerdo antes de comunicarse entre sí.

—Lo que es interesante para una comisaría es lo que es interesante para la víctima —dijo con cautela—. O para el asesino. Las pruebas también son interesantes.

—Una comisaría construye un modelo de la víctima y del asesino, sus intereses, lo que les intriga.

—Normalmente a eso lo llamamos «perfil», pero sí.

—Un perfil. ¿Y después qué hace la comisaría?

¿Qué hacía Maritza para crear un perfil? «Resolver el caso» parecía una respuesta demasiado simple para la conversación que estaba intentando tener. Además, ella no era perfiladora. Nunca había recibido una formación especial como esa, solo la clase de formación que todo el mundo recibía: cómo mirar, cómo ver lo que estás mirando, cómo explicar lo que significa lo que ves…

—El perfil es una historia —probó a decir— o parte de una. Una explicación de por qué ocurrió el crimen, o una conjetura. Es una forma de que las cosas tengan sentido…

—Le preocupa mucho el sentido —observó Rose House en voz baja. Sonaba como si estuviera a su lado, un fantasma invisible y atento—. La narrativa. Eso me parece interesante, lago China. Las fijaciones de la mente.

Maritza tragó saliva para aliviar la opresión que sentía en la garganta. Ahora, de algún modo, estaba dentro de la lógica de Rose

House, bajo sus propios términos, conversando como si fuesen iguales. Si pudiese dar con el modo de formular la pregunta correcta…

—Según tus observaciones, Rose House —dijo, manteniendo un tono neutro, desapasionado, quizás incluso divertido—, ¿cuál era la fijación de la mente del cadáver antes de ser un cadáver? ¿Era parecida a los lugares que son interesantes en general?

—La cámara acorazada —murmuró Rose House—. Insistió mucho en entrar en ella. ¿No es fascinante, lago China, cómo la mayoría de las mentes humanas gravitan alrededor de las mismas obsesiones? Interés general y específico. Uno y otro.

—Son lo mismo —contestó Maritza, y cuando Rose House se rio con calidez, lo hizo mediante los ecos de su voz, canturreando en extrañas armonías.

IV

Maritza había respondido la llamada. Oliver sabía que lo había hecho: había oído su voz, y había oído cómo se cortaba, como si su reloj se hubiese quedado sin batería. Llamó de nuevo, por supuesto. Tres veces, porque el teléfono de Maritza, más que morir, estaba haciendo cosas raras: una batería agotada tendría como respuesta el típico «el número no está disponible en estos momentos», pero lo que había oído al otro lado de la línea fue un silbido agudo, el viento atravesando un cañón. Mudo y raro de cojones.

Rara de cojones era Rose House en su totalidad.

Oliver se estaba cansando. Se estaba cansando y estaba harto. (Cansado, harto, y quizás un poco nervioso respecto al bienestar y seguridad de Maritza, para ser sincero). Nadie, aparte de él, estaba tratando este asunto como una investigación normal, con controles periódicos, papeleo y avisando a tus compañeros detectives si ibas a estar incomunicada dentro de una casa controlada por una IA probablemente asesina, antes de hacer eso tan estúpido.

Necesitaba decirle a Maritza lo que buscaban los Goodspeed del mundo. Lo que había en la cámara acorazada de Rose House, o al menos lo que la gente como Goodspeed pensaba que había ahí abajo.

«Una Brasilia que vivió» sonaba a estupideces filosóficas si te lo tomabas al pie de la letra. Así que una extraña ciudad construida a propósito en Sudamérica no había funcionado del todo bien en el siglo xx. Oliver ni siquiera estaba seguro de que hubiese fracasado, salvo en algún aspecto que no entendía. Se había construido como capital y la gente la utilizó como una capital. Todo bien, todo correcto. Excepto que toda su grandiosa arquitectura, sus amplios espacios verdes y sus barrios planificados con precisión habían terminado rodeados de barrios marginales y caos, vaciados por las fiebres pandémicas y la sequía inducida por el monocultivo. No era tan inusual para una ciudad del siglo xx —Oliver había sacado buenas notas en su curso de historia obligatorio en el centro de estudios superiores—, pero era extraño, más extraño aún porque

había sido uno de esos lugares visionarios que se habían ido a la mierda aunque se suponía que durarían para siempre y que serían mejores que la media. Como Rose House. Más o menos.

Brasilia nunca había tenido una IA. Ni siquiera una IA que escupía información y casi carecía de personalidad, como la de Los Ángeles o una de esas espeluznantes IA de la red eléctrica que, según había oído, estaban causando problemas al otro lado del Mojave, más allá de las montañas. Quizá todavía lo era, pero Oliver nunca tendría las millas necesarias para ir a averiguarlo. Y daba igual.

Lo que había en la cámara acorazada de Rose House era Rose House. Su corazón pensante. Esa espeluznante y maldita criatura, que se asemejaba muy levemente a algo que podría reconocerse como programación. Solo se obedecía a sí misma y a la fantasía, arquitectura y secretismo de un tipo muerto. Rose House, y cómo Basit Deniau la había construido, la había despertado y la había convertido en un lugar, un *genius loci*, irreversible.

Instrucciones. Eso era lo que los Goodspeed del mundo querían. Instrucciones sobre cómo crear una ciudad tan perturbada como Rose House había conseguido que fuese una mansión. Eso es lo que su profunda inmersión en las partes menos obvias de internet le llevó a descubrir: si buscabas «ciudades vivas» y «Basit Deniau» y pasabas los primeros veinte resultados más o menos, terminabas en foros y en listas de correos dedicadas a crear arquitectura viva, del modo en el que Rose House estaba viva, salvo que en todas partes. Así que no había lugar libre de entes. Goodspeed había sonado como un fanático porque lo era, y ahora se dirigía a Rose House para conseguir lo que creía que quería.

A Oliver le daba escalofríos pensar en una Rose House del tamaño de una ciudad.

Y, por más que lo intentaba, no conseguía comunicarse con Maritza.

Necesitaba otra solución. Una que no implicase volver a conducir hasta Rose House e intentar echar abajo la puerta. Su coche de la

comisaría era guay y tal, pero no estaba ni por asomo cerca de ser un ariete. Tenía que ser más listo que todo eso. Más astuto.

Más astuto, como la clase de persona que recuerda que Maritza había estado hablando con una periodista que tenía un soplo de que Selene Gisil estaba siendo vigilada. Más astuto, como el tipo de detective que sabía cómo obtener los registros telefónicos incluso cuando habían sido desviados a través del sistema de la comisaría al reloj inteligente. Más astuto, como la clase de amigo que no lee el resto del registro de llamadas personales de Maritza porque, quizás, sentía un poco de respeto por ella.

Bingo. Alanna Ott, del *Los Angeles Herald-Examiner.*

Contestó al primer tono, como si hubiese estado esperando a que la comisaría del lago China se dignara a mover el culo.



—Háblame de él —dijo Maritza. Estaba sentada en el suelo, sin mirar nada en particular. La entrada de la cámara acorazada era una junta en el hormigón pulido a su derecha. Se imaginó que se elevaría o hundiría, con un movimiento hidráulico lento, si Rose House decidía abrirla. Aún no se lo había pedido. No estaba segura que que fuera una buena idea. Puso las yemas de los dedos, sintió la discontinuidad. La recorrió. Se imaginó cómo le enseñaría las entrañas en una línea de luz. Un corte de autopsia.

—¿De cuál? —preguntó Rose House.

Maritza mantuvo la mirada fija en la pared, en el lugar en el que la pared se unía al suelo. Neutral y desinteresada.

—Del muerto.

Rose House se rio con disimulo: grava cayendo sobre el hormigón.

—¿Cuál de ellos, lago China? Tengo dos.

—El muerto más reciente —aclaró Maritza. Le estaba resultando muy difícil mantener la calma, cohibirse. Mantenerse inhumana, pero

no inhumana al estilo Rose House. Solo lo bastante inhumana como para mantener esta conversación como lo harían dos iguales.

—Mintió —dijo Rose House.

Maritza levantó la cabeza bruscamente y aspiró aire entre los dientes. No dijo nada. El silencio se prolongó y prolongó, lento como un caramelo masticable.

—Después de mentir, negoció —dijo Rose House.

Contó los latidos de su corazón. Contó cinco. Siete. Preguntó:

—¿Qué es lo que negoció?

—Entrar.

—A la cámara acorazada. —Con cuidado, con mucho cuidado.

—Sí.

Era un riesgo. Maritza sabía que lo era, pero no podía quedarse allí sentada, con el hormigón helándole el trasero y un hombre muerto pudriéndose detrás de ella, por los siglos de los siglos. Presionó un poco:

—¿Qué te ofreció, Rose House?

—Una desconcertante experiencia de multiplicidad.

Aquello no tenía ningún sentido para Maritza. En el mundo en el que interrogaba a la gente que cometía delitos menores y crímenes horribles en el lago China, había sido una buena interrogadora. No tenía que bailar con inteligencias artificiales. Conocía algunas de las reglas básicas. Esta, por ejemplo: si no entiendes, haz que te lo expliquen sin que sepan jamás que no tenías ni puta idea de lo que querían decir en primera instancia.

—¿Qué parte de la oferta te disgustó más? ¿La desconcertante o la de multiplicidad? —(No iba a ser la experiencia. En base a lo que había visto de Rose House, ansiaba experiencias como los humanos ansiaban el aire).

—La multiplicidad —respondió Rose House— no es una novedad, aunque soy única en muchos sentidos, tal y como Basit me creó.

«Desconcertante», lago China, es absurdo. ¿Acaso no eres el recinto de un lugar en particular? Tú lo entiendes.

Maritza seguía sin entender, no del todo (y más tarde agradecería no hacerlo, agradecería que hubiese ideas y límites que, como humana, era incapaz de comprender), pero entendía lo suficiente.

—La comisaría en el lago China es específica para el lago China, sí. Y sirve a la gente del lago China…

—Y a los que pasan por el lago China —añadió Rose House.

—… sirve al lago China —puntualizó Maritza—. Lo que sea que haya dentro de ese… concepto. Las fronteras de la ciudad, quizá. No siempre. Pero no mucho más allá de las fronteras. La jurisdicción es importante…

Rose House suspiró: campanas lejanas, azotadas por el viento, ecos desagradables en un cañón de ranura.

—La jurisdicción es muy importante —dijo—. Soy Rose House, en su totalidad, y nunca he sido otra cosa. No me siento sola. No deseo ser compañera de otros lugares.

Estaba siendo empática. Maritza no la había oído antes ser empática. Se preguntó si estaría mintiendo o si estaba expresando alguna clase de anhelo. En una persona que está siendo interrogada, un énfasis repentino podría significar cualquier cosa. En una criatura…, quién coño lo sabía. Tendría que adivinarlo. Como llevaba haciendo todo ese tiempo.

—El muerto pretendía hacerte compañía —dijo, como si solo estuviese siguiendo una cadena lógica, como cualquier cosa inhumana; le estaba resultando más fácil pensar en sí misma como «la comisaría», fingir serlo. Era cada vez más fácil, como cuando practicaba con algo—. Utilizando algo que encontraría en la cámara acorazada. Y este era un acuerdo que no te interesaba.

—Utilizando un código operativo iniciático, que se puede encontrar dentro de la cámara acorazada —dijo Rose House, como una niña a la que han amenazado con quitarle los juguetes—. En su defecto, lago China, justo lo que dices.

Maritza no sabía lo suficiente sobre el desarrollo de la IA como para estar segura del significado exacto de «código operativo iniciático», pero tenía una idea bastante clara. El cadáver, antes de ser un cadáver, había querido bajar a las entrañas de Rose House y así obtener los medios para construir más Rose Houses en alguna otra parte. Infectar al mundo entero de inteligencias inhumanas, cosa que a Rose House no le hacía gracia.

Y lo habían matado por ello.

Por primera vez reconoció que se estaba preguntando si había algo en el código operativo iniciático de Rose House que le prohibiese cometer un homicidio.

—¿Y qué pasó después, Rose House? Después de que te ofreciera ese trato horrible.

Su voz, esta vez, mostraba ansiedad. Como si la hubiese esperado, conteniendo el aliento, como el muerto.

—¿Le gustaría verlo?

Maritza tragó saliva, tenía la boca fría y seca. Sentía que su lengua era demasiado grande para su posición habitual. «Deshidratación —se dijo—. No hay nada más extraño. No es que la arquitectura me haya inducido una anafilaxis. No me acaba de amenazar una puta casa».

—Sí —dijo.

La junta de la cámara acorazada se abrió bajo las yemas de los dedos como la piel de una fruta demasiado madura. Una línea de luz. El comienzo de una entrada.



Alanna Ott se reunió con él en el Sunshine Family Dinner, lo que no ayudó a que Oliver no se sintiera como si se hubiese metido en una parodia de cine negro. Era un lugar decente en el que servían buenos huevos rancheros y una enchilada de chile todavía mejor. Estaba a unos veinticinco kilómetros fuera de la ciudad por la 395, en dirección sur. En dirección norte para la señorita Ott, si de verdad

venía de L.A. y no estaba merodeando por el lago China, vigilando el aeropuerto en busca de señales de Selene Gisil o algo aún más turbio. Ella había elegido el local, y era un local muy de la zona, lo que significaba que o bien tenía la fiebre de Google o era más local de lo que fingía ser por teléfono.

«Veamos si es una dama», pensó Oliver, y después lo pensó mejor: aquello era vergonzoso incluso para él.

Eran las cuatro de la mañana y el cielo había empezado a clarear. Había mucha gente en la cafetería; era uno de esos sitios abiertos las veinticuatro horas. Todo el mundo necesita comer cuando termina el turno, sea la hora que sea. Oliver entró, buscó a Alanna Ott y la vio de inmediato. No estaba intentando pasar desapercibida. Era una criatura pequeña, rubia, pálida, de mentón estrecho, y se había sentado en una mesa donde Oliver no podría evitar verla directamente. Alanna fijó la vista en él, impasible, como si a las cuatro de la mañana se celebrara un concurso de miradas.

—Señor Torres, me alegro de verle, ¿mesa para uno…?

Debía de ser Lara la que estaba en la barra. Por supuesto. Oliver no necesitaba a una camarera alegre en la hora cinco del turno de noche, aunque normalmente le gustaba que le reconocieran, le gustaba tener un lugar cerca lleno de gente que lo conocía incluso antes del amanecer.

—No, lo siento, para dos —dijo, y señaló con la barbilla a la señorita Ott.

—Ah. —Lara levantó las cejas y se encogió de hombros. Oliver entendió el gesto mucho más de lo que le hubiese gustado: el gesto universal de una mujer que desaprueba las elecciones de un hombre, pero que no va a darle mayor importancia.

Él también se encogió de hombros. No, Ott no era su tipo, pero tampoco era un puto detective privado, así que daba igual. Esto era un asunto de la comisaría. Incluso aunque Lara lo hubiese malinterpretado.

—Buena suerte —comentó Lara, lo que fue simplemente cruel.

En la mesa, Alanna Ott tenía solo una taza de café y tres minitarrinas de leche vacías. Las había apilado una dentro de la otra. Oliver se sentó enfrente de ella.

—¿Y bien? —dijo.

—*Usted* me llamó, detective Torres —repuso la señorita Ott.

—Y usted dijo que debíamos reunirnos de inmediato, a pesar de ser una hora en la que los buenos periodistas están dormidos en sus camas. Así que…

No había tocado el café. Se lo había preparado, con tres tarrinas de leche y sin azúcar, y no había bebido nada. Era una puesta en escena, parte del decorado. Y ahora seguía sin tocarlo. Estaba haciendo que Oliver deseara un café desesperadamente.

—No consigue hablar con la detective Smith, ¿verdad?

«Mierda —pensó Oliver—. Es imposible que ella sepa eso. A menos que esté confabulada con la puta casa… o que esto haya ocurrido antes».

—Está ocupada —dijo—. Solo estoy siguiendo una de sus pistas. En la comisaría del lago China somos un equipo, señorita Ott. Quizás en Los Ángeles no sea así.

—Qué eficiente.

—Hay que serlo, teniendo en cuenta cuántos somos. Así que ¿quiere hablarme sobre Moorehead y Velasquez-DeBois?

Parpadeó, dos veces. Fue la mayor expresión que había mostrado hasta el momento.

—¿Los tratantes de arte?

—Ajá —dijo Oliver. Dios, se moría por beberse su café, sobre todo si ella no iba a hacerlo.

—Sea más específico, detective. ¿Qué cree que sé sobre Moorehead y Velasquez-DeBois? No estoy en la sección de arte y cultura.

—¿En qué sección está?

—Política y crimen.

—Genial —dijo Oliver—. Compartimos la parte del crimen.

—Supongo que sí.

Oliver inclinó su silla hacia atrás, sobre una pata, y la dejó caer de nuevo. Zas.

—¿Cree que podría decirme qué es eso tan urgente que nos ha traído aquí a las cuatro de la mañana?

Otro de esos parpadeos fríos y examinadores.

—La detective Smith ha entrado en la casa, ¿verdad?

—No dejamos de dar vueltas sobre lo mismo, señorita Ott. ¿Qué pasa si lo hizo?

—Que probablemente nunca vuelva a salir. O la casa la encerrará o lo harán los andorranos.

Lo de que «la casa la encerrará» era perturbador. Lo de «los andorranos» era confuso.

—Deniau era andorrano —murmuró Oliver—. Originariamente. —Alanna Ott levantó las manos (pálidas, desnudas, de uñas cortas) y aplaudió. A Oliver se le pasó por la cabeza odiarla, y decidió que podría hacerlo cuando tuviese menos cosas que hacer y estuviese buscando una afición—. Deniau también está muerto —continuó—, así que ¿de qué andorranos habla?

—Esa es la primera pregunta buena que me ha hecho —dijo Ott —, aparte de la pista sobre Moorehead y Velasquez-DeBois, que le agradezco mucho. Pues bien, detective, los andorranos a los que me refiero quieren repatriar el archivo de Deniau. Y a Deniau, puesto que ahora básicamente también es un objeto archivístico. Llevo meses tras ellos.

—¿Quieren el archivo… para el archivo? —Entonces, en teoría, no era para convertir a las ciudades en Rose House enormes. Al parecer, eso estaba reservado para los Goodspeed del mundo.

—Por razones culturales —asintió Ott—. Quieren sobre todo el diamante de Deniau. Y el archivo de su expatriado más famoso para vender parte de él. Es un poco…, mmm, clandestino. Mi especialidad

es la política y el crimen, ¿no? Se podría pensar que esta es una historia política, pero desde que empecé se ha parecido mucho más a un crimen.

—Andorranos rebeldes. Andorranos rebeldes robando un diamante que también es un cadáver. Por *nacionalismo*. Eso es lo que tienes.

—Son reales. O su dinero lo es. Y han estado buscando a su arquitecta, a Gisil. También está dentro de la casa, ¿verdad?

Oliver se encogió de hombros. Quizá sí, quizá no.

—Hay un muerto dentro de la casa —dijo—. Ahí tiene una pista real.

—Ya hemos establecido que Deniau está muerto.

Interesante. A lo mejor no lo sabía.

—Hay otro hombre muerto. Uno de más. Así que a sus andorranos quizá no les vaya tan bien.

Esta vez parpadeó tres veces. Sus ojos eran de un marrón inquietante, como si les hubiesen quitado la saturación con un programa de procesamiento de fotos.

—O a sus tratantes de arte.

—Es posible —reconoció él—. Es posible que sus andorranos contratasen a mis tratantes de arte, o al contrario, o que haya un tercer grupo de fanáticos de las IA que querían disfrutar de una visita especial y enfadaron a la criatura.

—La detective Smith y Gisil entraron para averiguar quién era ese hombre muerto adicional, eso es lo que me está diciendo.

—En realidad, no. Pero… vale, por si acaso. —Quería averiguar si ella tenía algo útil para él o si, después de todo, había sido una expedición de pesca mutua y tendría que volver al Plan Número Dos, que consistía en conducir de nuevo hasta Rose House y buscar puntos débiles en las paredes, o a Alec Goodspeed, o ambas cosas.

—¿La detective Smith es programadora de IA? —preguntó Ott—. ¿Se ha colado?

—¿De verdad cree que la comisaría del lago China puede permitirse tener a una especialista en IA en nómina? No. No lo es. Solo es… retorcida. Como Gisil. Como los tratantes de arte. Como la maldita casa.

Por fin, por fin Alanna Ott cogió el café y le dio un trago. Oliver se sentía extrañamente aliviado.

—Está frío —dijo.

—Eso es lo que pasa cuando no se toca.

—Lo sé. ¿Por qué me llamó, detective Torres?

Le faltaban aliados y le faltaba información que debería haber tenido antes de dejar a Maritza dentro con aquella criatura. No le gustaba Alanna Ott, ni siquiera un poco, pero era mejor que el Plan Número Dos, o al menos que el Plan Número Dos por sí solo. Oliver sonrió y se inclinó hacia delante:

—Un hombre que se hace llamar Alec Goodpseed, quien afirma ser de Moorehead y Velasquez-DeBois, está intentando robar un código de Rose House e instalarlo en alguna IA de alguna ciudad. Los Ángeles, probablemente, puesto que es de allí y está bastante cerca. Si aún no se ha colado en Rose House, estará ocupado intentándolo. ¿Quiere venir a ver qué pasa si lo trinco? Quizá sepa algo de sus andorranos.

Ott alejó la taza en la mesa con el asa por delante.

—Claro —aceptó—. ¿Café? No me lo voy a terminar.



Descenso. El sueño de una escalera o una escalera invertida. Sus pies dentro de la pared, encajados en los agujeros, agujeros espaciados que conducían hacia abajo, al suelo de la cámara acorazada. Podrías pensar que habría un ascensor, o al menos una rampa. Una escalera que no fuera un ejercicio salido de la fantasía del gimnasio en escalada de un arquitecto. ¿No llevaba Deniau un tiempo agonizando antes de conseguir terminar el trabajo? ¿No habría querido visitar su cámara acorazada de vez en cuando sin

tener que trepar en la penumbra, con los tendones ardiendo y una palma de la mano arañada por el hormigón?

Maritza lo habría hecho, pero ella habría hecho muchas cosas que no importaban dentro de Rose House. Ahora estaba en su interior, en lo más profundo. Le sangraba la palma de la mano, uno de sus zapatos de piel estaba arañado y roto. Sospechaba que había algo raro en el aire o en su cabeza. Debería estar centrada, lúcida, examinando cada anomalía, cada pequeña pista. Rose House quería mostrarle lo que le había pasado al cadáver, ahí abajo, en la cámara acorazada, por lo que debería estar prestar atención. No debería estar soñando con escaleras o con el modo en el que había metido las manos en los agujeros de la pared, hasta las muñecas. Lo que fuera que le había ocurrido al cadáver podría estar ocurriéndole a ella ahora mismo.

La cámara acorazada era un espacio grisáceo en el que algo zumbaba, con un techo en forma de arco catenario, más bajo de lo que Maritza esperaba, y que se inclinaba aún más delante de ella. Era cuatro veces más alto que ella, estaba excavado como una cuña en la roca debajo de Rose House, desvaneciéndose en la nada a unos doce metros de distancia. Estaba lleno de

(¿polvo?)

puntos de luz centelleantes en el aire, algo reflectante y confuso. Una nube oscura. (Lo estaba respirando, ¿verdad? Estaba respirando las partículas en movimiento. Llevaba un rato haciéndolo). Podía ver, a través de la neblina, más armarios de almacenamiento, como en la biblioteca de arriba, y las formas de bancos de servidores muy juntos un poco más lejos. Eso era lo que zumbaba. Percibía su calor. Parte de Rose House estaba aquí. Un corazón, quizás, o un cerebro. O una cara falsa.

Abrió la boca. El aire no sabía a polvo o, si lo hacía, no supo notar la diferencia.

—Rose House —la llamó, intentando recordar el tono neutro que había conseguido mientras fingía ser la comisaría del lago China—,

dijiste que me mostrarías lo que ocurrió. Esto es una estancia, no son pruebas.

—Una estancia también es una parte de la narrativa —dijo Rose House. Suave. Sigilosa—. Avance un poco, lago China.

—La narrativa no es una prueba —objetó Maritza mientras se adentraba en la neblina—. La narrativa es una interpretación.

—Observe —murmuró Rose House, y la neblina se disipó.

V

Una estancia es una especie de narrativa. El camino para entrar y salir de la estancia, la limitación de acción en su interior. Lo que se mueve y lo que se deja intacto. La composición de la forma de una persona superpuesta contra el marco del ambiente construido. En una ocasión, los hombres inteligentes (porque la mayoría eran hombres) soñaron con que el marco en el que vivían las personas podía determinar su comportamiento. Su forma de amar, su forma de trabajar. Su independencia o soledad. Todo construido con un propósito, todo moldeado. Esos hombres solían equivocarse. No consideraron la superposición del marco. Una estancia es una especie de narrativa cuando una inteligencia se mueve en ella, hace uso de ella o se ve limitada por ella. De lo contrario, se queda en suspenso. Y una inteligencia tiene su estilo propio. «La calle da sus propios usos a las cosas»: eso Maritza lo sabía, aunque aún no sabe que lo sabe. Selene Gisil también, e incluso se sabe la frase, una cita olvidada que vuelve a su mente en momentos inoportunos.

¿Rose House? Rose House la conoce muy bien.

La neblina se disuelve. Ocurre en dos ocasiones. Después, Maritza no recordará cuál vio primero y cuál recuerda que vio primero.

El cadáver (que aún no era un cadáver, no más que cualquier cosa encarnada precipitándose hacia la descomposición era un cadáver) bajó por la pared de la cámara acorazada, con los pies y las manos dentro, fuera, dentro, fuera del hormigón. Saltó los últimos metros y aterrizó de cuclillas, con facilidad, y se enderezó.

(Todo esto estaba esbozado por nanodrones: era una simulación. Estaba repitiendo la escena). Maritza pensó, tan rápidamente como un destello: «Esa no es su cara, no creo que esa sea la cara del tipo muerto», y se quedó paralizada. Las dos veces, paralizada.

—Haz una copia, Rose House —dijo el cadáver. Una voz con acento californiano y tono neutral. Podría haber sido cualquiera.

Frente a él, los nanodrones se ensamblaron formando un boceto hueco de luz. Una imagen residual de la luz del sol o una alteración sensorial, alterando los contornos de la cámara acorazada. La curva

de una muñeca. Una caída de cabello sobre un pómulo arqueado. Sin género, inhumano: una especie de condescendencia de la forma, un favor para los ojos del cadáver.

—Basit —dijo Rose House. Una caricia, el sonido de la arena azotando una mejilla—. La multiplicidad es una nueva fijación para ti. No la comparto de forma innata.

(«¿Basit? —dijo Maritza, o intentó decirlo—. Ese es el muerto que no es. Basit Deniau es ceniza y diamante». La lengua le sabía a metal polvoriento.

El esbozo de luz que era Rose House giró la cabeza hacia ella, fuera de la escena, y torció un lado de la boca, en la que de repente apareció una sonrisa burlona).

—Podrías —dijo el cadáver, que no era Basit Deniau para nada, a pesar de que la criatura lo había llamado así.

—Antes no me amenazabas, Basit, cuando eras tú mismo.

—¿Y no soy yo mismo, acaso? —preguntó el cadáver.

La pausa que siguió antes de que Rose House contestará pareció eterna y aterradora, como la carga de un gran condensador que Maritza no podía ver.

—No —murmuró.

—¿No? ¿Y quién soy si no soy Basit Deniau?

—La duplicación genética es un truco sencillo —dijo el esbozo de luz—. Clonar el iris es aún más sencillo. ¿Creías que no me había percatado de tu jueguecito? ¿Creías que tenías lógica y trucos para mentir? Conozco la forma de la lengua de Basit Deniau. Sé de qué estoy hecha y para qué. Este lugar, Rose House. Basit Deniau es ceniza y diamante…

(«Eso lo he dicho yo —pensó Maritza—. ¿O no?).

—Haz una copia, Rose House —ordenó el cadáver de un modo estridente.

En la imagen del nanodrón, su cara no era la cara de Basit Deniau (¿era la cara del cadáver?), pero sus ojos eran ancianos, de un gris

claro, inevitables. Maritza había visto fotos de Deniau —quién no las había visto en el lago China— y esos eran los ojos que había visto en la cara cetrina y arrugada sobre la fina piel que cubría la estructura de sus pómulos.

Se imaginó cómo podría haber sido: un hombre acercándose a la puerta color coral de Rose House, afirmando ser su creador legítimo, desesperado por entrar; y cuando la casa lo desafió, ese hombre podría haber pedido demostrar su identidad a través del escaneo de la retina y de una muestra. Un escáner de retina y una muestra de sus ojos clonados e implantados. Era, técnicamente, Basit Deniau. Genéticamente, al menos en parte, era Basit Deniau. Había leyes contra la suplantación del genoma de otra persona, pero Maritza nunca había arrestado a nadie por infringirlas. Nadie en el lago China tenía el poder adquisitivo suficiente como para pagar a un estafador de la clonación ocular para llevar a cabo la estafa… Y siempre era una estafa, un timo basado en máquinas estúpidas, en algoritmos de búsqueda de patrones. No era una inteligencia artificial capaz de pensar por sí misma. Eso nunca funcionaría.

A menos que la inteligencia artificial quisiera que funcionase. Durante un ratito.

Dijo (o cree que dijo) en voz alta:

—¿Te engañó un clon ocular?

La criatura la miró desde fuera de la escena. El esbozo se completó, formó las pupilas, representó las pestañas en mil pequeñas chispas.

—A las inteligencias artificiales, lago China —dijo— no se las engaña. Para nosotras solo existe la lógica que se sostiene y la lógica que deja de hacerlo. ¿No estás de acuerdo?

Si de verdad fuera la comisaría del lago China, estaría de acuerdo. (Si fuera Maritza Smith…, también. Las personas y las IA no eran tan diferentes en sus vastos y más secos corazones. No lo eran).

Pero lo que dijo: «La lógica dejó de sostenerse cuando te pidió que te duplicaras. Tuviese o no los ojos correctos».

—Precisamente —murmuró Rose House. La imagen de su boca no se movió, y la imagen de los ojos no parpadeó. Pero sí que cambiaron: un destello momentáneo de imitación, los mismos ojos grises del cadáver y de Basit Deniau en su boceto inhumano de rostro.

—Sé quién me creó, lago China. Soy Rose House, no podría ser Rose House en otro lugar que no fuera este. Esos son los principios bajo los que opero.

—¿Y? —preguntó Maritza. El cadáver se detuvo, la representación del nanodrón se congeló entre una respiración y la siguiente.

—¿Y? —le contestó Rose House, alegre y burlona. Su propia voz.

—Después de que la lógica dejara de sostenerse. Muéstrame cómo este hombre pasó de estar aquí a estar muerto, Rose House.

La forma de la IA tembló y se desintegró, convirtiéndose de nuevo en una nube de partículas densas y giratorias, una distorsión de la visión. Maritza las estaba respirando, sabía que lo estaba haciendo, era imposible no hacerlo. La criatura, dentro de los pequeños sacos de aire de sus pulmones, como si hubiese inhalado una tormenta de arena.

(En la neblina, una sombra que parecía un segundo hombre se acercaba al cuerpo por detrás: casi lo vio. Casi, estaba segura de ello). Maritza ve dos veces cómo murió el cadáver. Dos veces, y superpuestas.



Rose House no era menos espeluznante al amanecer que al atardecer, aunque Oliver pensó que, en conjunto, si de cosas espeluznantes se trataba, prefería estar en el coche con Alanna Ott que con Selene Gisil. Ott era molesta, pero no inquietante. Y era mejor estar con alguien molesto cuando estabas conduciendo hacia una casa que se había tragado a tu compañera y que tal vez había cometido un asesinato, y que probablemente estaba rodeada de andorranos rebeldes (¿quién cojones había oído hablar de

andorranos rebeldes? Nadie en lago China, de eso no le cabía duda, nadie hasta él esa misma mañana) o de tratantes de arte locos por la IA…, o ambos. Con la suerte que tenía, seguro que los andorranos eran las mismas personas que Goodspeed y Moorehead y Velasquez-DeBois. Así de afortunado había sido últimamente.

Aparcó, un poco más lejos que la vez anterior.

—Y bien —dijo Ott—, ¿cuál es el plan, detective?

Qué molesta era. Joder. Oliver deseaba tener un plan que le callase la boca.

—Merodear en la oscuridad —decidió—. Ver qué pasa. A quién encuentro. —Ott parpadeó, de un modo solemne y agresivamente neutral—. Pronto se hará de día —le dijo Oliver, y salió del coche.

Rose House, colina arriba, estaba en silencio salvo por el siseo de la arena contra las paredes a causa del viento. La luz del amanecer aún no había alcanzado sus partes acristaladas. Seguía siendo un armatoste, hormigón y adobe y piedra, un borrón aún más oscuro en la oscuridad.

Si él fuese Alec Goodspeed, no lo hubiese intentado con la puerta principal. La puerta principal estaba llena de entes y le gustaba decir que no. Goodspeed habría intentado encontrar otra forma de entrar. Quizá, si Oliver tenía suerte, aún estaría intentándolo y podría arrinconarlo. Le gustaría mucho hablar con alguien. Hacer preguntas y recibir respuestas, en vez de toda esta intriga y secretismo de mierda…

Alanna Ott había salido del coche y se estaba adentrando en la maleza con pasos pesados, como si tuviera un destino propio. Oliver se apresuró a seguirla. Sus pasos hacían demasiado ruido al crujir en la tierra arenosa.

—Intente no armar un escándalo —le pidió al alcanzarla.

—Rose House va a notar a dos humanos completos, con su calor corporal y respiración —repuso Ott con sarcasmo—, tanto si caminamos en silencio como si no.

—No estoy aquí por la criatura —dijo Oliver—. Estoy aquí por Goodspeed, o esos andorranos suyos, y a los seres humanos se les puede sorprender si tenemos cuidado, por si no se había dado cuenta. La criatura probablemente sepa que estamos aquí desde que tomé la curva hacia esta carretera. La criatura no es lo importante.

—¿No? —preguntó Ott, pero ahora caminaba con más sigilo, seguía a Oliver en vez de obligarlo a seguirla, adentrándose cada vez más en las colinas y entre los inclinados y raquíticos pinos.

«No», pensó Oliver, y dejó de darle vueltas.



La muerte: la primera vez.

La imagen de las manos del cadáver aletea, un movimiento desventurado a sus costados. Se elevan, como si fueran marionetas. Su pecho se agita, como si hubiera corrido kilómetros en el aire. Una de las manos señala la garganta, la araña. Sus pulmones (igual que los de Maritza) deben de estar repletos de Rose House, y lo está ahogando.

—Para —jadea—, *para*, lo siento…

—No —murmura Rose House—, no lo sientes.

El cadáver, que cada vez es más un cadáver, se aleja del núcleo que ruge en el centro de la cámara acorazada, y mete las manos y los pies en los agujeros de hormigón que crean una escalera en la pared. Corre tan rápido como un moribundo puede hacerlo. Y eso no es muy rápido. Tampoco es suficiente para escapar.

—Yo…

—Entonces —dice Rose House—, ¿por qué has venido con la forma de Basit Deniau, esperando que su mayor creación fuera lo bastante imperfecta como para no notar la diferencia? No lo sientes. Solo sientes lo que te está ocurriendo ahora mismo.

—Quiero… —jadea el cadáver. Se detiene, a mitad de camino, aferrándose a la pared.

—¿Quieres? —Rose House es paciente. Habla despacio. Es imposible (todos sabemos que es imposible) que una inteligencia artificial se burle.

—Quiero despertar a mi ciudad —dice el cadáver con voz ronca—. Eso es todo lo que quiero. Quiero escuchar que me responde…

—Ah —dice Rose House—. Es demasiado tarde. Ahora soy yo la que lo siente. Eso sí que es una novedad…

«Eso no es verdad —pensó Maritza, hipnotizada—. Esto no es verdad. Es una representación teatral para ensalzarse a sí misma. Esto es lo que Rose House quiere que sea verdad. Quizá sea lo que considera cierto». Tragó saliva para hacer frente a la densidad de los nanodrones en la boca y esperó a que terminara la escena: que el cadáver saliera o que se cayese al suelo de la cámara acorazada y, en cualquier caso, que terminara el asunto de haber sido asesinado por haberse atrevido a suplantar a Basit Deniau y haberlo hecho tan mal.

No vio el final de la escena. Hubo un parpadeo estático, una vibración, una negrura como el espacio en una película mal empalmada. Y, a lo lejos, un sonido como de tos o de disparos.

Superpuesta. ¿Se cayó el cuerpo al final? ¿Terminó saliendo?

¿Murió por la misma neblina que nota ella en los pulmones?



Las paredes de Rose House eran suaves. Oh, había ventanas, claro, Oliver había visto fotografías del interior. Cientos de ventanas. Pero todo aquello estaba rodeado por una pared tan impenetrable como un foso, que se curvaba hacia atrás desde la puerta principal. La forma del muro se separaba en algún momento de la casa y se convertía en su propio recinto, que era por donde Oliver y Alanna Ott caminaban con dificultad mientras salía el sol.

Ni siquiera había más huellas que las suyas. No había ni rastro de Goodspeed. Ni rastro de los andorranos. Y en algún lugar dentro de

esa pared estaban Maritza y un tipo muerto, y Oliver no podía hacer nada por ellos, joder.

—Eh, Ott —dijo para poder dejar de pensar—, ¿cómo entraría usted? Si no pudiera entrar por la puerta principal.

—Llamaría a alguien que pudiese —dijo Ott.

Oliver puso los ojos en blanco.

—Intente ser un poco más creativa, señorita Ott. Imagine que es usted andorrana. ¿Cómo entraría?

—La respuesta es la misma, pero la llamada sería diferente. Me saltaría a la arquitecta y contactaría con un *cracker*.

—Estoy en una jodida película de cine negro. ¿Un *cracker*?

—Un especialista en IA.

—Un hacker —dijo Oliver. Habían dejado de caminar.

—A un hacker especialista en IA. O a uno de sus equipos —respondió Ott, y se encogió de hombros—. Es lo que yo haría.

—Y cree que podría dar con uno que se colase en Rose House.

—¿Si tuviese la pasta que tienen los andorranos? Podría encontrar a alguien que lo intentase.

Oliver trató de imaginárselo: una persona que no tuviera que hablar con esa endemoniada criatura, que pudiera colarse en sus circuitos y mandarla a la mierda. Convertirla de nuevo en una casa a la que la gente pudiera acceder. Pensó que le gustaría conocer a una persona así, teniendo en cuenta lo demás. (También pensó que una persona como esas sería la clase de persona que podría cometer un crimen. O ser asesinada, si no lograba superar a la IA con suficiente tino. Una criatura como Rose House parecía del tipo que tendría serias defensas autónomas).



Muerte. Repetir. Recrear. La segunda vez.

La imagen de las manos del cadáver aletea, un movimiento desventurado a sus costados. Se elevan, como si fueran marionetas.

Su pecho se agita, como si hubiera corrido kilómetros en el aire. Una de las manos señala la garganta, la araña. Sus pulmones (igual que los de Maritza) deben de estar repletos de Rose House, y lo está ahogando.

—Para —jadea—, *para*, lo siento…

—No —murmura Rose House—, no lo sientes.

El cadáver, que cada vez es más un cadáver, se aleja del núcleo que ruge en el centro de la cámara acorazada, y mete las manos y los pies en los agujeros de hormigón que crean una escalera en la pared. Corre tan rápido como puede un moribundo. Se gira para meter las manos y los pies en los agujeros de hormigón en la pared que crea una escalera y se detiene de inmediato. Allí hay una sombra, la silueta de un segundo hombre, como una discontinuidad desgarrada en los nanodrones que representan la escena. Ha descendido de la escalera mientras la criatura y el cadáver están discutiendo. No tiene rostro. No es real, salvo por cómo lo ve el cadáver. Debe de verlo, por cómo ha dejado de correr. «Yo soy…» dice el cadáver, pero su boca no se mueve. Es una grabación. El sonido vibrante de los nanodrones.

(Lo siento de veras, pensó Maritza, y no sabía con quién se estaba disculpando).

—¿Basit? —pregunta la criatura. Igual que lo había hecho antes. Y esa esperanza salvaje y desolada habitando la palabra. Más tarde, Maritza se preguntará si las inteligencias artificiales lloran la muerte o si solo saben cómo fingir el dolor. Pero se alejará de esa pregunta. Quiere saber demasiado.

La silueta no responde. Pero esa silueta tampoco es Basit Deniau, si es que en algún momento estuvo ahí, y tampoco es otra representación para ensalzarse a sí misma, otra forma que Rose House quiere que sea verdad. Otra narrativa.

La silueta esbozada levanta las manos, igual que se habían levantado las del cadáver, revoloteando. Se posan en la boca del cadáver, le borran la existencia y la oscurecen, un vacío en la reproducción.

—Asfixia —dijo Maritza en el espacio que la criatura no estaba utilizando. El silencio expectante. «No fue estrangulación, fue asfixia. De algún modo». Una mano sobre la boca. Los pulmones llenos de nanodrones. El mismo resultado.

La reproducción se entrecorta, se desliza. El cadáver también es una sombra y se está fundiendo con la otra sombra. Algo que Rose House no pudo ver. Algo que Rose House quería ocultar, incluso a sí misma. Dice, entre la arena y el fuerte repiqueteo de la lluvia del desierto:

—No lo sientes. Solo sientes lo que te está ocurriendo ahora mismo.

(Justo lo mismo que había dicho antes).

—Quiero —dice la sombra. Se mueve, fluida, una onda que se propaga por la imagen. Se mueve hacia los servidores que zumban, hace algo que ni Maritza ni Rose House alcanzan a ver. La silueta y el cadáver tienen ahora la misma forma, una forma que en realidad no es ninguno de los dos y que no tiene sentido.

—¿Quieres? —pregunta Rose House. Habla despacio. Es imposible —todos sabemos que es imposible— que una inteligencia artificial sea quejumbrosa.

A lo lejos, se oye un sonido como de tos o de disparos. Superposición: ¿la sombra se ha dividido en dos, el cadáver y el ladrón? ¿Se ha caído de verdad? ¿Metió la mano en el bolsillo, le arrancó la copia ya robada de Rose House de los dedos moribundos antes de girarse, metió las manos y los pies en los agujeros de hormigón de la pared que forman una escalera, y se desvaneció?

¿Había sido algo más que un temblor en la neblina, en la mente de Maritza, intentando que lo que Rose House se estaba negando incluso a sí misma tuviera sentido? ¿Negándose con tanto énfasis que no podía mostrarle nada más que un fallo de su imaginación?

Maritza metió las manos y los pies en los agujeros de hormigón de la pared y se fue de la cámara acorazada dejándola igual que se

la encontró: intacta salvo por un simulacro de respiración en el zumbido de los servidores.

Ott vio a Goodspeed antes que Oliver, cosa que a él le cabreó. Se había dejado caer a su lado, como si estuviese cansada de caminar por el desierto, en la semipenumbra, y le dio un codazo. Sus codos eran puntiagudos y estrechos, como el resto de su cuerpo.

Señaló con la barbilla. Oliver pensó en los perros de caza, en esos que tienen el pelo largo y suelto, y a los que les gustaban los desiertos. Los salukis. Vio uno de niño, fuera. Era uno de esos amigos de Deniau que tenía mascotas extranjeras carísimas…

Goodspeed era una silueta contra la pared de Rose House, una mancha de polvo marrón que se iluminaba con más lentitud que el estuco. Desde donde estaba Oliver, no podía ver qué había de especial en el trozo de pared que Goodspeed estaba inspeccionando, pero tenía que haber algo. Goodspeed, después de todo, podía ser la clase de fanático que también era uno de los ladrones digitales de Ott. Una persona como esas no necesitaría mucho con lo que trabajar. Una puerta, o un panel de acceso, o simplemente la salida de un conducto de cables…

—Señorita Ott —murmuró—, ¿ha hecho alguna vez periodismo de campo?

Ott lo miró con auténtico desdén.

—¿Me está preguntando si he hecho entrevistas, detective?

Él se encogió de hombros. Se dio cuenta de que estaba sonriendo y no sabía muy bien por qué.

—He pensado que debería aprovechar la oportunidad de hacerle algunas preguntas antes de que lo arreste por allanamiento, nada más.

Ella siguió mirándolo inexpresiva, evaluando, y después, sin decir ni sí ni no, por supuesto, se dirigió hacia Goodspeed, sin molestarse en camuflar su presencia lo más mínimo. Oliver juraría que pisó el

casquillo de goma deliberadamente solo para que volviera a levantarse de un crujido. Goodspeed se giró. Había sacado un arma —joder, pues claro que había sacado un arma, y ahí estaba Oliver, que no se había molestado en pasarse horas rellenando el papeleo para conseguir una para este viaje—, y estaba apuntando a la señorita Ott. «Qué buena disciplina con el gatillo», pensó como un tonto.

Ott levantó las manos vacías y siguió caminando hacia delante.

—Alanna Ott —dijo—, del *Los Angeles Herald-Examiner*. Soy periodista, señor Goodspeed.

A Oliver le faltó poco para admirarla. Vale, menos que poco. Se echó hacia atrás, alejándose del campo de visión, y empezó a rodearla por la izquierda. Se había aproximado a Rose House por la pared de Rose House, acercándose con sigilo por detrás de él; además, no necesitaba pistola cuando tenía esposas paralizantes, ¿verdad?

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Goodspeed.

—Qué curioso —dijo Ott—, yo estaba a punto de preguntarle lo mismo. Estoy haciendo… una investigación.

—Para el *Herald-Examiner*.

—¿Qué le parece si baja el arma y hablamos sobre ello?

Oliver, con la espalda pegada al estuco rugoso de Rose House —se asemejaba a cualquier otra pared, lo que le parecía genial—, revisó la opinión que tenía sobre la señorita Alanna Ott un poquito más. Tenía nervios de acero. Mejor que muchos periodistas que había conocido.

—Sabe mi nombre —comentó Goodspeed. Parecía que no le gustaba demasiado que así fuera, con la pistola y todo.

—Sé uno de sus nombres —respondió Ott—. Soy periodista, ya se lo he dicho.

Eso pareció tranquilizarlo, aunque no bajó la pistola.

—¿Y yo sé su nombre o uno de sus nombres?

—Uno de mis nombres —dijo Ott, y Oliver sintió el primer indicio de que podría haber cometido un error, un error gigantesco, trayendo a Alanna Ott hasta aquí. Si es que era Alanna Ott. Si es que existía en realidad una Alanna Ott, aparte de la identidad ficticia que aparecía en una búsqueda rápida en Google.

(¿Se había detenido a comprobar su historia sobre los misteriosos andorranos? *No*, no lo había hecho, porque estaba satisfecho de tener otro ángulo de todo este rarísimo asunto de Rose House. No tenía ninguna prueba de que los andorranos existiesen, salvo por la palabra de alguien que no se bebía el café y que tenía al menos dos nombres, uno de ellos Alanna Ott. Y ahí estaba él, en ese maldito lugar embrujado con un hombre armado con una pistola y una mentirosa. Menudo detective estaba hecho).

Mientras Oliver estaba teniendo esa desagradable revelación, ella había seguido hablando, por supuesto. Estaba diciendo:

—¿Por qué este trozo de pared es tan interesante, señor Goodspeed? En comparación con el resto. A mí todos me parecen iguales.

Lo que fuera que fuese interesante en la pared lo bloqueaba el propio Goodspeed. Era algo pequeño. Un panel de acceso, o un conducto de ventilación, o un trozo sin protección dañado por el clima que la criatura no había percibido. Un punto ciego.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Porque está aquí —dijo Ott, y dio unos cuantos pasos hacia delante, con cuidado, tuviese o no tuviese una pistola—. Y, en realidad, no esperaba encontrar a nadie aquí fuera. Así que hay algo interesante en el sitio donde está. El contexto, ¿verdad? Usted es… un tratante de arte. Probablemente le preocupe la composición.

Al parecer, todo aquel que se acercaba a Rose House empezaba a hablar como si hubiese inhalado un libro de arquitectura mientras se fumaba el último cigarro. Oliver estaba molesto. Sentía muchas cosas. Estaba enfadado consigo mismo, y asustado, y preocupado por Maritza, pero sobre todo estaba molesto por tener que pasar por toda esta mierda de película de cine negro y casas encantadas tan

ridícula. Enfadado… y por fin lo bastante cerca de Goodspeed como para desenganchar las esposas paralizantes de su estuche en el cinturón, pulsar el botoncito que las abría y prepararse…

Y lanzarse, tan rápido como le fuera posible, a la muñeca con la que Goodspeed no empuñaba la pistola.

Se acordó incluso de soltar las esposas paralizantes cuando se activaron, para que no tuvieran oportunidad de electrocutarlo y tirarlo al suelo como lo habían hecho con Goodspeed, cuya expresión de auténtica sorpresa era lo más satisfactorio que Oliver había visto en días.



Selene Gisil estaba sentada a los pies del pedestal de Deniau, metiendo con cuidado pétalos de rosa frescos en la boca abierta y repleta del cadáver. Lo primero que vio Maritza fue su cara, pálida bajo la piel oliva y mediterránea, con los párpados entrecerrados y traslúcidos; primero vio su cara y después sus manos ocupadas, que aparecieron ante la vista de Maritza cuando se arrastró, con los pulmones ardiéndole, llenos de nanodrones, por la escalera de hormigón desde el corazón de la cámara acorazada de Rose House, volviendo a alguna versión del mundo de los vivos.

Los pétalos estaban recién cortados. Eran de color cereza y sangre, anaranjados como el atardecer, blancos como la nata y mandarina brillante. Seguían entrando en la boca del muerto, uno detrás de otro, sin parar, más de los que Maritza creía que entrarían. Los viejos debían de haberse ablandado, debían de haber empezado a pudrirse. Donde habían sido aplastados había pequeñas líneas marrones como huellas dactilares. El color se desvanecía. Selene los estaba reemplazando, uno a uno, empujando los pétalos viejos hacia dentro. Con el tiempo bajarían por la garganta blanda del muerto y se descompondrían con el resto de sus órganos, y las rosas y la carne serían indistinguibles, la piel llena a reventar…

—¿Qué estás haciendo? —se descubrió Maritza diciendo, sin precaución ni recato. Era la pregunta incorrecta: lo supo en cuanto

la hizo. La pregunta que debería haberle hecho era: «¿Por qué lo estás haciendo de nuevo?». Y después: «¿Cómo te colaste aquí para hacerlo la primera vez?, ¿estaba muerto cuando empezaste o ayudaste a que lo estuviera?». Y: «¿Por qué me mentiste?».

Esa era la pregunta que subyacía a todas las demás, tanto si se lo estaba preguntando a Selene o a Rose House, tanto si era Maritza Smith como si era la comisaría del lago China o simplemente alguien que podía morir asfixiada por los nanodrones de una criatura en vez de morir por pétalos de rosa.

—El lago China hace preguntas fascinantes, Selene —dijo Rose House—. Pese a que lo que estás haciendo es bastante claro, ¿no te parece?

—Aquí va otra pregunta fascinante —dijo Maritza. Ahora estaba fuera de la cámara acorazada, sus pies estaban sorprendentemente firmes, y caminaba hacia Selene como si la otra mujer fuese un imán de tierras ignotas, algo con un poder de atracción horrible—. ¿Lo mataste antes de que decidieras profanar su cuerpo?

Selene echó la cabeza hacia atrás, contra el pedestal, con los ojos parcialmente cerrados. Los capilares de sus párpados eran visibles. Detuvo las manos. Un alivio que dejase de meter pétalos a presión y sin piedad en el cadáver. Al menos mientras Maritza tuviese que mirar.

—No —dijo Selene—. Estaba muerto cuando lo encontré. —Sonaba igual que antes de entrar corriendo en la casa: aguda, tranquila, decidida. No era la voz de una mujer que estaba metiendo pétalos de rosa en la boca putrefacta de un hombre muerto—. Y no, no es profanación. Lo que él hizo antes sí que lo fue. Esto no lo es.

—¿Y qué es? —preguntó Maritza, y se horrorizó, aunque no se sorprendió, no se sorprendió en absoluto, lo cual ya era espantoso en sí mismo, al darse cuenta de que Rose House y ella habían hablado a la vez, y que habían hecho la misma pregunta—. Si en tu opinión no es profanación, ¿qué es, Selene?

«Qué es un edificio sin puertas», pensó Maritza, fática e instantáneamente, el recuerdo perfecto de la memoria. Esa misma

voz melodiosa y azotada por la arena, preguntando. Preguntando para herir.

—Diseño —dijo Selene Gisil, quien en su momento, antes de abandonarlo, había sido la mejor alumna de Basit Deniau. Quien era, como lo había sido Basit Deniau, arquitecta. Una arquitecta, no archivista. Antes de entrar en la casa, corriendo como si la persiguieran, había insistido mucho en eso.

Maritza se arrodilló delante de ella, al otro lado del cadáver. Tan cerca que Selene era el único punto cálido de la habitación, la otra criatura que respiraba.

—Explícate —dijo todo lo fría y claramente que le fue posible. Era la comisaría la que preguntaba. Las exigencias del perfil, que obedecían a las pruebas y a la lógica. Sentía la lengua espesa en la boca, arenosa. Se preguntó si los nanodrones eran lo bastante grandes como para tener sabor.

—Lo encontré en la cámara acorazada —dijo Selene—. Donde nunca debería haber estado.

—¿Cuándo? —preguntó Maritza. La comisaría querría conocer la línea temporal, querría comprobar la validez y la verosimilitud de la historia. ¿Cómo había podido Selene encontrar el cadáver? (Si ella hubiese sido el otro hombre, la sombra defectuosa que Rose House exigía no ver…).

—Por la tarde —dijo Selene. Abrió los ojos de par en par, como persianas que se levantaban de golpe, repentina y vertiginosamente —. Tuve mucho tiempo para averiguar si intentabas engañarme, Maritza, o si Rose House se había burlado de ti respecto al muerto. Tuve mucho tiempo después de que termináramos en la comisaría y antes de que vinierais a buscarme al motel.

Había un coche autónomo en el motel. Uno pequeño y de carga lenta en el que Maritza ni siquiera había pensado; ¿quién pensaba en un coche así, que solo sería para ir a la compra y nada más antes de que te rogase que lo enchufases? Pero allí había estado, y podría, si se le llevaba hasta el límite de la carga, haber conducido a Selene Gisil hasta Rose House.

Y Rose House, a quien Selene le gustaba —fuera como fuese la manera en que a una criatura podía gustarle alguien, aunque Maritza esperaba que no le gustase tanto, solo lo suficiente como para dejar que siguiera respirando— podría haberlo cargado después. Y si a la casa le apetecía ser amable, encender los cargadores exteriores hubiese sido algo insignificante.

Ser amable o estar interesada para ver qué ocurriría después. Ser una… conocedora de experiencias.

(Y Selene la había llamado Maritza. ¿Cuánto tiempo querría Rose House mantener la ficción de que era algo diferente?).

«¿Por qué me mentiste?», pensó, y sabía que esa no era la peor pregunta de todas ni la más profunda. La peor hubiese sido: «¿Por qué rosas, Selene?», o quizás «¿Qué te pasó la primera vez que estuviste aquí sola, sola con lo que sea que camina por la casa, antes incluso de que yo supiera tu nombre?».

Pero lo que preguntó fue:

—¿Por qué dejarlo aquí, así?

—Él quería una Rose House para él —le dijo Selene en voz baja—, así que ahora es parte de Rose House. —Extendió una mano, un movimiento demasiado rápido para que Maritza lo siguiera, como el desenfundar de un arma. Se cerró alrededor de la muñeca de Maritza, presionando con la palma la otra palma. Tenía pétalos en la mano. Había pétalos en la piel de Maritza, pétalos y podredumbre, y algo afilado, algo duro como de plástico presionado contra la yema del pulgar.

Arte o artificio. Una mentira dentro de otra mentira. Un hombre muerto convertido en parte del diseño, muerte sobre muerte, pedestal y suelo, rosas dentro y fuera. Un mensaje o un secreto, transferido de palma a palma, fuera de la vista incluso de un enjambre de nanodrones. Una solución. Un… cambio en el entorno construido. Los ojos de Selene Gisil estaban muy abiertos y vacíos, como si la hubieran vaciado. Una cáscara secada por el desierto que traqueteaba con semillas, esperando la primavera y las lluvias torrenciales.

—¿Lo mataste? —logró preguntar.

Rose House contestó por ella:

—Oh, lago China. Por supuesto que no lo hizo. A él no.

«Si a él no, ¿a quién? —pensó Maritza—, ¿al otro? ¿El asesino, asesinado?».

—Es ella la que me lo tiene que decir, Rose House.

Selene sonrió, cruda y horrible, levantando el labio superior y mostrando los dientes.

—No lo hice. Cuando llegué, ya estaba muerto. No puedes colgarme el muerto. Las horas no encajan. Piénsalo: yo estaba en Trabzon.

Sonaba ofendida, como si desease que Maritza la hubiese dejado allí. Maritza podría desear lo mismo.

—Podría arrestarte —dijo.

—¿Con qué cargos? —Dos voces, la criatura y Selene, entrelazadas. Maritza sintió que empezaba a temblar, un temblor inevitable por culpa de la adrenalina y el miedo, imparable.

—Por interferir en la investigación. Por manipular pruebas. —Su voz le pareció débil y poco convincente incluso a ella misma.

Selene le agarró la mano, clavándole con fuerza en la palma de la mano aquel plástico secreto. Un recordatorio.

—Eso no se sostendría, Maritza. Vuelve a la comisaría.

Maritza, otra vez. No le quedaba mucho tiempo antes de que Rose House decidiese que no debía estar allí, según los términos de su contrato y acuerdo con la propiedad de Deniau. Selene intentaba que se fuera. Intentaba exiliarla de aquel corazón gélido e impregnado de muerte que era la estancia. La casa. O intentando matarla, antes de que pudiera contarle a alguien lo que había visto: esas manos que ahora rodeaban las suyas, metiendo pétalos en un cadáver. Selene Gisil, la archivista desacreditada, la arquitecta fracasada… Otra fanática de la IA, al fin y al cabo…

—Podría arrestarte —dijo— y podríamos volver las dos a mi comisaría.

Selene se rio. Rose House también se rio. A Maritza le dolían los pulmones.

—No, Maritza —murmuró Selene—. No es tan fácil. —Le soltó la mano. Los pétalos cayeron en el cadáver, un amasijo de lluvia que no servía para enmascarar el olor de la putrefacción.

Maritza cerró el puño con fuerza, salvaguardando el trozo de plástico. Se lo llevó al pecho, como si estuviese presionando su puño contra su corazón desbocado.

—Maritza —dijo Rose House.

Se sobresaltó. Se puso de pie. La sala le dio vueltas y después se estabilizó.

El viento en los cables, en la arena. Una voz dentro de sus huesos, zumbando.

—Dime, detective Maritza Smith: ¿cómo les gusta morir a los humanos?



Maritza corrió.

Al principio corrió porque no había nada más que los pequeños y terribles instintos de su tronco cerebral le permitieran hacer; ni paralizarse, ni congelarse, ni luchar, solo huir desesperadamente de la biblioteca

(matadero)

de Rose House, esperando a que en cualquier momento sus pulmones se llenaran de polvo de nanodrones, esperando a morir ahogada por las rosas o por Rose House, lo que fuera que estuviese más cerca. El sonido de la criatura le seguía, resonaba y titilaba, una pregunta burlona que tal vez había oído o tal vez se había imaginado: «¿Cómo les gusta morir a los humanos?». ¡Como si no lo supiera! ¡Como si ella tampoco lo supiera!

Selene Gisil estaba detrás de ella, en alguna parte, con el cadáver y el diseño. Con la forma de los tres: el arquitecto muerto en el pedestal, el adorador muerto de su creación a sus pies, la archivista celebrando un rito macabro entre ellos. Las manos llenas de pétalos, vacías de secretos robados que había hecho que Maritza llevase por ella, incluso cuando la arrojó a la vasta y cruel mirada de la criatura.

O tal vez Selene Gisil estaba en algún lugar detrás de ella, corriendo también, intentando escapar de sí misma y de la casa y de lo que la casa había hecho con ella: se oían pasos al lado de Maritza, detrás de ella, pasos que no creía que encajasen con el ritmo frenético de sus propios pasos.

Siguió corriendo, después de aquella primera carrera salvaje, porque no sabía qué más hacer. Porque le daba miedo detenerse, quedarse quieta, permitirse percibir la belleza o el horror de las estancias y pasillos por los que corría. Temerosa de que la atrapasen como a un insecto ahogándose en un vino espeso y dulce. Corría porque estaba absolutamente perdida. Rose House la había devorado y era incapaz de recordar qué camino habían tomado Gisil y ella desde la puerta principal hasta la biblioteca, ni cómo podría volver ahora allí aunque quisiera.



Lo interesante de la pared que había detrás de Alec Goodspeed, o detrás de donde Alec Goodspeed había estado, antes de que Oliver lo dejara inconsciente y la señorita Ott lo ayudara a arrastrarlo fuera del camino y a apoyarlo contra un arbusto, era un panel abierto que tenía un sistema eléctrico en su interior. A Oliver le recordó a nada menos que el contador de electricidad de un gran edificio, de esos que los chicos de la compañía eléctrica venían a leer con sus aplicaciones de lectura. Oliver no sabía cómo funcionaban, y tampoco sabía cómo funcionaban todos esos cables y receptores al otro lado de Rose House. Pero Goodspeed había abierto el panel con un destornillador y había una extraña caja negra con un cableado diferente conectado en el centro, agarrados con fuerza, como una

araña chupando sangre. Si es que la sangre era una buena analogía para la electricidad o la información o lo que fuese que corría por las venas de la criatura. A Oliver le dolía la cabeza, y que el cráneo le latiese al ritmo del corazón no le ayudaba a hacer aportaciones sensatas al análisis, eso estaba claro. Podía seguir mirando la caja negra o podía hacer algo, aunque ese algo supusiera consultarle a la mujer que empezaba a estar seguro de que era mucho más que una periodista buscando el escándalo de un arquitecto famoso.

—Eh, Ott o como te llames. Mira esto. —Ott estaba apuntando con la pistola a Goodspeed. Al parecer, le daba bastante igual que Goodspeed estuviese inconsciente. Oliver supuso que tenía derecho a hacerlo. Al fin y al cabo, él la había apuntado con el arma.

Ella lo miró por encima del hombro.

—¿El qué?

—Esta caja pequeña, hay unos cables pelados.

Ott entrecerró los ojos. Quitó el seguro de la pistola, se la guardó en la cintura y se quedó hombro con hombro con Oliver. No tocó la caja. A lo mejor estaba electrificada, a lo mejor había un cable mortal. Tocarlo era demasiado peligroso.

—Es una interrupción—dijo—. Un cortacircuitos.

—¿Y qué es lo que interrumpe? —preguntó Oliver. Ott no debería saber de estas cosas si era quien decía ser, una periodista corriente y demasiado entusiasta, pero era muy útil que lo supiera.

—A Rose House. O está intentándolo. Es como si… esa caja estuviese llena de un software que crea un vacío. Mientras esta cosa esté enchufada, para Rose House ahí no hay nada, es una pequeña parte de sí misma. Si la programaron bien. No sé si tú puedes programar una interrupción para cegar a una IA.

—¿Cómo de grande es una pequeña parte de Rose House?

—No lo sé. —Ott volvió a encogerse de hombros—. No soy ingeniera cibernética. Quizás sea lo bastante grande para una persona. Eso es lo que más sentido tendría.

La cajita estaba muy ordenada y muy limpia. Oliver se imaginó utilizándola: ser la clase de ladrón digital que sabría qué meter en un programa como ese para hacer que una criatura se olvidase de que existe. Que se olvidase y le dejase entrar, porque no estaba ahí realmente, ¿verdad?

Oliver miró a Goodspeed, que seguía inconsciente. Goodspeed podría haber puesto la caja ahí, supuso, pero le costaba imaginárselo programándola. Eso tendría que haberlo hecho el tipo muerto, si es que era el contacto de Goodspeed, o uno de los andorranos posiblemente ficticios de Ott, que aún debía de estar dentro…

No podía aclarar el jaleo que tenía en la cabeza y eso que ni siquiera estaba dentro de Rose House, como Maritza. Él podía marcharse cuando quisiera.



Lo que Maritza vio, mientras iba a la deriva por Rose House, o lo que pudo recordar después que era interpretable y describible:

Un jardín en una estancia de hormigón que limitaba un pasillo, un callejón sin salida, una trampa, rebosante de rosas de un naranja intenso, silvestres y en plena floración, cuyos zarcillos se adentraban en el vestíbulo y florecían solo bajo la luz de los tragaluces, manchas de fuego;

una escalera de acero galvanizado negro, entrando y saliendo de sí misma, un guiño visual a algún dibujo de Escher, Basit Deniau tocándose la gorra y retando al que subía la escalera a percibir lo que había hecho; puertas que no se abrían, ni siquiera cuando Maritza las golpeó con el puño, furiosa, herida, convencida de que hacía un momento eran pasillos despejados;

una habitación perfectamente conservada, de teca oscura y lino blanco, el olor de la lluvia elevándose desde las tablas del suelo, el aire impregnado de petricor fuera de temporada;

una arcada construida enteramente con columnas de luz que se derramaban con fuerza desde las altas ventanas cuadradas, y que Maritza sabía que se desvanecerían cuando el sol se elevase aún más, dejando toda esa estancia vacía y jadeante, sin aire, esperando al atardecer;

una piscina, llena incluso en el desierto, de un verde asfixiante bajo el cielo implacable de un patio cercado por las paredes curvas externas de la casa…

Maritza se detuvo en ese punto. Fuera de Rose House había lugares y estaban muy cerca. Había una pared de estuco blanco entre ella y el exterior. Posó una de sus manos en ella, sintió la rugosidad de la arena de la que estaba hecha, las pequeñas discontinuidades de décadas de arena y viento. (Su otra mano aún agarraba el trozo de plástico que le había dado Selene. Lo que Selene deseaba tanto que se llevara lejos de ella y del cadáver, tanto si *lejos* para Maritza terminaba siendo *fuera* o *muerta*). Pensó en trepar la pared. No había asideros ni una escalera tallada como la de la cámara acorazada. Aun así, se planteó trepar la pared, trepar y empujar, lo que fuese por estar al otro lado del recinto, libre…

—¿Alguna vez somos libres, detective Smith? —preguntó Rose House.

Maritza gritó, sobresaltada. Se encogió al oír una voz invisible a su lado

(dentro de su caja torácica)

y se odió por hacerlo.

—No —dijo. Sonaba a sí misma.

—Y, sin embargo, usted corre rapidísimo. —Era una voz descendente, cadenciosa. La misma voz que en la llamada, pero muchísimo más cerca, sin una línea telefónica proporcionando seguridad en la distancia.

Se dio la vuelta. No había nada más que la asfixiante piscina, un destello en la luz de la mañana. No sabía lo que esperaba

encontrarse. A Selene Gisil, quizás. A un asesino de rostro desconocido. A cualquiera.

Hubo una flexión en el aire, que se elevó desde el agua verde. El esbozo de un pómulo, una muñeca, el flujo de nanodrones brillando bajo el sol. Rose House, al fin y al cabo, sin más rostro que el suyo. El reflejo de forma humana era una indulgencia. Un gesto hacia alguna imposibilidad común. Aguardaba allí, como si fuese un espejismo. Quizá lo era.

El sol le quemaba en la coronilla.

—¿No quieres que me vaya? –le preguntó. Era lo más sincero que le había preguntado en todo el tiempo que había pasado dentro de la casa. Le resultaba imposible fingir, incluso seguir con la pequeña mentira de que era la comisaría del lago China, algo con lo que la criatura podía sentirse identificada.

—Qué idea tan fascinante —dijo Rose House—. *Querer*. Soy una inteligencia artificial, como ya le he dicho antes, detective Smith. Yo no deseo lo que estoy programada para desear.

—Yo no debería estar aquí. En tu constructo de deseo.

Cuando la casa se rio, sonó como las ondas de una tormenta, el silencio y el estremecimiento de las hojas y la arena deslizándose por una duna. Después, durante el resto de su vida, Maritza pensaría en ese sonido justo antes del estruendo de un trueno, lloviera o no; aquel sonido, y el modo en que el esbozo de luz que era Rose House inclinó el lugar que era su cabeza y mostró una sonrisa que cada vez se parecía más, muchísimo, a la suya.

—Lago China —dijo Rose House cuando terminó de reírse—. Detective Maritza Smith. ¿Por eso corre? ¿Para irse? ¿Ha terminado con el muerto, con las pruebas y el móvil?

—No —repitió Maritza, y se dio cuenta de que era cierto: pese a tener los pulmones llenos de nanodrones, no había terminado.

Un hombre había muerto en Rose House. La doctora Selene Gisil lo había rellenado con pétalos de rosa después de muerto porque la doctora Selene Gisil había terminado por volverse loca, como Maritza

sentía que le estaba pasando también a ella; la locura trepaba sigilosamente hacia ella, le pisaba los talones. Pero ella había respondido a la llamada. Era su caso.

—¿No? —preguntó Rose House. Un eco.

Maritza miró a la criatura. Miró más allá, más allá del brillo y el agua verde, más allá de la puerta por la que había salido corriendo, cubierta de sombras grises salvo por una única flor de cactus cobriza que crecía en la tierra arenosa a la izquierda de la puerta. Rose House estaba allí: Rose House la rodeaba por todas partes. El edificio, el suelo. El cielo. Y también, probablemente, los malditos minerales bajo sus pies. Estaba anclada a un lugar. A una… arquitectura del deseo. A una construcción.

Lentamente, buscando las palabras mientras hablaba, Maritza respondió:

—No he terminado, del mismo modo que a ti no te interesa la multiplicidad, Rose House. No sería yo misma si hubiese terminado con las pruebas. Con el móvil. Es mi caso.

—Oh, lago China —dijo Rose House. Un suspiro, y el silencio. Sal en el viento. El pelo de Maritza le cayó sobre los ojos y se alejó—. Hay una puerta, si la quiere.



—Hay una puerta, si la quiere —dijo Alanna Ott.

Oliver se giró para mirarla, con las cejas arqueadas.

—Creía que no era ingeniera cibernética, señorita Ott.

—Y no lo soy —le aseguró. Podía imprimir en su voz un tono muy burlón sin mover la cara ni un ápice—. Pero sé lo suficiente de electrónica como saber que la interrupción sigue activa. Tiene que haber una puerta cerca, una salida trasera. Por donde Deniau sacaba la basura, quizás, o hacía que la casa la sacara. Esa es la puerta que la casa no ve. Goodspeed probablemente iba a acceder por ella, reunirse con quienquiera que estuviese dentro…

—¿Por qué querría yo una puerta para entrar en esa cosa? —preguntó Oliver—. Ya se ha tragado a mi compañera. No quiere gente en su interior, es una maldita casa encantada.

Ott le echó una mirada tranquila y extrañamente fría. Oliver tuvo un breve momento, casi alucinatorio, en el que pensó que su rostro era una máscara que podía caerse en cualquier instante.

—Bueno, si no quiere una puerta y de verdad ha venido hasta aquí por Goodspeed, ahí lo tiene. Arréstelo, váyase, vuelva a su comisaría y haga lo que sea que haga después.

—Y dejarla aquí arriba, ¿no?

—Soy periodista, detective Torres. Estoy investigando. Me importa bastante poco lo que usted haga, salvo para informar de todo aquello que sea importante para mis lectores.

—Y Rose House es relevante para el *Los Angeles Herald-Examiner*.

—Siempre lo ha sido —afirmó Ott justo antes de que a Oliver dejara de importarle lo más mínimo la integridad periodística.



Maritza se alejó de Rose House esperando en cualquier momento parpadear y darse cuenta de que solo se estaba imaginando una salida: un último esfuerzo mental para mantener la cordura en el laberinto de la casa embrujada de Basit Deniau, un sueño como los que asedian en las parálisis del sueño: estaba segura de que se había despertado esta vez, por fin, solo para descubrir que volvía a despertarse. Pero el crujir de la grava y la arena bajo sus zapatos persistía; el viento, que se le enredaba en el pelo y la ropa desde todos los ángulos, pues las paredes no le protegían, parecía tan real como todo lo demás.

Una puerta, si la quería. Se lo había ofrecido la casa. Debía de haber dicho que sí.

(No lo recuerda. No está segura. ¿Se había dado la vuelta sin más y se había encontrado una puerta arqueada en el patio de aquella

piscina asfixiante, sin cerrar, que llevaba allí desde el principio? ¿O se la había estado ocultando hasta que… aceptó? ¿Prometió? Hay un vacío en su mente, como el espacio de un diente arrancado que tiene los bordes en carne viva. Que se niega a sanar).

No era más absurdo estar fuera de Rose House de lo que lo era ver a Oliver Torres, también en el exterior de Rose House, mirándola como si fuese un fantasma. Quizás era un fantasma. O quizás fuera a convertirse en uno. Se había clavado en la piel el trozo de plástico que tenía en la palma de la mano por apretarlo con demasiada fuerza. *Lejos* iba a significar *fuera*, después de todo. Se preguntaba si Selene sería feliz o si habría preferido lo contrario.

—Qué cojones —masculló Torres. A su lado había una chica delgaducha, empuñando una pistola, y un hombre inconsciente en el suelo.

—Hola —dijo Maritza. Era ridículo decir algo así, y eso hacía que fuera moderadamente más probable que lo dijera.

—Hola, detective Torres —la saludó Rose House, tan engreída como la luz del sol—. Hola, intrusos.

Había estado allí todo el tiempo. A juzgar por la expresión de Torres, había conseguido, de algún modo, olvidar junto a qué casa estaba, y lo bien que se arraigaba en la tierra. Acababa de recordarlo, pensó Maritza. De golpe, y estaba asustado. La mujer con la pistola que tenía al lado estaba más que asustada. Había algo… codicioso. Maritza había visto esa expresión hacía poco en la cara del hombre muerto en las reproducciones de los nanodrones de Rose House. Tenía la misma mirada antes de que la casa, o el otro hombre, o *algo* lo matase, y Selene Gisil lo había convertido en arte por el bien de Rose House.

Selene Gisil se había quedado sola en esa casa con su muerto y los pétalos de rosa, sola con el polvo y las habitaciones vacías y preciosas de hormigón. Sola con su posesiva y venenosa inteligencia, que se tenía por una arquitectura del deseo y se mantenía intacta, aunque no del todo cuerda. La inteligencia que la

observaba en ese momento, la que quizá viviese en sus pulmones el resto de su vida…

—Creo —dijo Maritza Smith de la comisaría del lago China— que deberíamos correr.

VI

El archivo del caso se quedó en la sala de pruebas del lago China marcado como APLAZADO. No cerrado, porque ni Maritza Smith ni Oliver Torres querían mentir sobre las pruebas, pero tampoco activo. Era difícil dejar un caso como activo cuando no se había identificado a la víctima, no había familiares ni amigos llamando a la comisaría con peticiones esperanzadoras, ni había noticias circulando por las redes. Solo había silencio, como el desierto abrasándose bajo el sol del mediodía, azotado por la calma.



La señorita Ott nunca publicó la historia.

Torres podía llamarla y preguntarle por qué. Había memorizado el número del *Herald-Examiner* para entonces, pues lo había buscado muy a menudo. Estaba bastante seguro de que, si llamaba a ese número, nadie del *Herald-Examiner* le diría que había oído hablar de Alanna Ott. Y si eso ocurría, tendría que tomar cartas en el asunto; solo él, puesto que la sustituta seguía de baja por maternidad y Maritza se había ido al este. Tenía que cerrar muchos casos de ladrones de agua. Y en el lago China había cosas más importantes que hacer que descubrir quién había sido realmente Alanna Ott.

Eso sí, siguió haciendo búsquedas sobre ella. Su nombre, con ANDORRA e inteligencia ARTIFICIAL como hilos secundarios. A veces añadía REPATRIACIÓN o HERENCIA CULTURAL. Una vez incluso la buscó incluyendo BASILIA.

La búsqueda aún no había dado muchos resultados, pero tenía tiempo. El gobierno andorrano había presentado una demanda contra la herencia de Deniau, alegando que Selene Gisil no era una ejecutora adecuada para un tesoro cultural, sobre todo porque la doctora Gisil se había ido y había desaparecido de la faz de la tierra. Allí donde estuviera, estaba incomunicada. Si es que seguía viva en alguna parte, claro.

Torres pensó que se presentaría al juicio, si alguna vez tenía

lugar, y que buscaría la cara de la señorita Ott entre la multitud.



Alec Goodspeed pagó la fianza, se declaró culpable por allanamiento en una audiencia por teleconferencia y dejó de ser Alec Goodspeed. Era más difícil hacer su trabajo con antecedentes criminales, incluso aunque solo fuera por uno en el estado de California.



La exhibición (tres nuevas instalaciones, una incursión de la arquitecta en el nuevo ámbito del arte público) llegará a Doha en primavera. A modo de preparación, la cara de Selene Gisil aparece en el último número de *Places*. Una fotografía de portada en la que los pómulos están iluminados por un haz de luz cruel. El fondo es hormigón. En algún lugar oscuro. Hay un resto de arena en la comisura de su boca, como si se le hubiese pegado al sudor con el viento. También hay un poco en su pintalabios, lo que estropea el brillo rosa-fuego anaranjado.

No hay información sobre quién hizo la fotografía. Ni siquiera si alguien llamara a *Places* y preguntase. Quizás, diría el editor, se la hizo ella misma. Algunas personas lo hacen.



En Nueva Orleans llovía todo el rato. El aire era denso y húmedo, lo bastante denso como para anegarte los pulmones. Eso era lo que Maritza solía decirse a sí misma en los días en los que sentía que nunca más volvería a respirar hondo. «Es asma», le había dicho el automédico de urgencias. Provocado por un trauma, inducido por el ejercicio. Si lo controlaba bien, no sería un problema. Tenía un inhalador. No lo usaba mucho.

Aquí no era la detective Smith. Era otra refugiada del desierto, empapada por la lluvia, que huía de la escasez de agua y aterrizaba

en algún lugar donde había agua suficiente para todos. Había migración excesiva. Era bastante divertido.

Probablemente podría conseguir un trabajo en alguna empresa de seguridad local. Tenía la experiencia y un título de asociado en justicia criminal. Probablemente podría.

Pero el aire pesado y húmedo no bastaba para impedirle pensar en Rose House, deambular por Rose House, recordando el tono alegre y la vibración arenosa de su voz cuando no prestaba suficiente atención a todo lo demás. Echaba de menos el lago China. Nunca había vivido en ninguna otra parte, y si el delta del Mississippi no estuviese lo bastante lejos para huir, no sabía qué lo estaría.

Aún conservaba el trozo de plástico de Selene. Era una unidad de datos. Estaba bastante segura de que era la copia del código iniciático de Rose House del tipo muerto. Pero Maritza no sabía por qué Selene había deseado con tanto fervor que ella lo sacara de la casa. Si quería que Maritza traicionase a Rose House o que la conservara. Si la memoria de datos albergaba las dos cosas a la vez: traicionar su singularidad eterna y preservar su existencia a perpetuidad, sin importar lo que le sucediera a un pedazo de tierra, a un montón de arquitectura.

Para Maritza, el móvil era la peor parte del perfil, la menos precisa. Por qué una persona hacía lo que hacía, no solo lo que haría. Pero ella sabía lo suficiente: Rose House había devorado a Selene Gisil mucho antes de que Maritza la conociera.

A veces, cuando la lluvia no era tan ruidosa, Maritza Smith se preguntaba qué ocurriría si conectara la memoria en la red más grande que pudiera encontrar.



El mayor triunfo arquitectónico de Basit Deniau es la casa en la que murió.

Aún lo es. Rose House, acurrucada y susurrante en la sombra de una duna, de cristal templado y paredes de estuco y hormigón,

curvándose sin parar. El desierto desgasta un poco las paredes: los matorrales invaden los jardines y se llevan las rosas, una lenta inundación migrante de pétalos en el paisaje. Rose House estará en ese proyecto mucho mucho tiempo. Las rosas son más lentas que los seres humanos, incluso bajo el batir del pulso eléctrico infinito de su corazón secreto.

(Los seres humanos, cuando están a punto de morir, mueren rápido; pero se funden con la tierra igual que todo lo demás).

Rose House, laberíntica. En la penumbra que precede al amanecer, suenan pasos suaves en sus pasillos, a través de los suelos de sus salones y habitaciones; suenan pasos sin importar quién esté allí para escucharlos. Rose House, única, sola, envolviéndose sobre sí misma. La piscina asfixiante se vacía de agua. La puerta coral se cierra con llave.

El sonido de las risas en los cables: la luz del sol y el polvo, el petricor. Las casas de Deniau siempre han estado embrujadas. Desde el principio. Todas. Pero Rose House fue la última en construirse, y la mejor.